Andoni Unzalu

# IDEAS O CREENCIAS

## Conversaciones con un nacionalista

Prólogo de
José María Ruiz Soroa

**ANDONI UNZALU**

Nació en Abadiano, Vizcaya, en 1956. De origen nacionalista, se distanció del PNV en tiempos de Ibarretxe para vincularse al colectivo Aldaketa (“Cambio”), presidido por el antiguo dirigente del PNV y exconsejero de Cultura vasco, Joseba Arregi, que abogaba por una nueva forma de hacer política en Euskadi y por la necesidad de una alternativa al nacionalismo vasco. Más tarde, se acercó al PSE como independiente y fue elegido diputado en la Cámara de Vitoria. Sobre él recayó el peso de la política comunicativa de Patxi López, al frente del Gobierno vasco (2009-2012). También fue secretario general de Lehendakaritza durante el Gobierno socialista y, posteriormente, asesor de López en su etapa como presidente del Congreso de los Diputados. En la actualidad es jefe de gabinete del consejero socialista de Turismo, Comercio y Consumo del Gobierno vasco.

Andoni Unzalu

# Ideas o creencias

CONVERSACIONES CON UN NACIONALISTA

DISEÑO DE CUBIERTA: PABLO NANCLARES

© ANDONI UNZALU, 2018

© LOS LIBROS DE LA CATARATA, 2018
FUENCARRAL, 70
28004 MADRID
TEL. 91 532 20 77
FAX. 91 532 43 34
WWW.CATARATA.ORG

IDEAS O CREENCIAS.
CONVERSACIONES CON UN NACIONALISTA

ISBN: 978-84-9097-463-6
E-ISBN: 978-84-9097-487-2
DEPÓSITO LEGAL: M-12.254-2018
IBIC: JPFN/1DSER

ESTE LIBRO HA SIDO EDITADO PARA SER DISTRIBUIDO. LA INTENCIÓN DE LOS EDITORES ES QUE SEA UTILIZADO LO MÁS AMPLIAMENTE POSIBLE, QUE SEAN ADQUIRIDOS ORIGINALES PARA PERMITIR LA EDICIÓN DE OTROS NUEVOS Y QUE, DE REPRODUCIR PARTES, SE HAGA CONSTAR EL TÍTULO Y LA AUTORÍA.

# PRÓLOGO A UNA CONVERSACIÓN

En algún lugar de su amplia obra, el sagaz conservador que fue Gilbert K. Chesterton escribió que lo que no ha entrado en el alma por la razón, sino por el sentimiento, tampoco saldrá de allí por los argumentos de la inteligencia o la crítica. Parece un *dictum* pensado específicamente para el nacionalismo y, si me apuran, en particular para el nacionalismo vasco. Porque, como advierte Andoni Unzalu desde el comienzo de este amable y correoso panfleto que ahora prologo, el corpus teórico del que se alimenta el nacionalismo es muy limitado y simple pero… (y lo que sigue al *pero* es lo relevante de la observación) está asentado en una concepción tan teñida de sentimiento y emoción que resulta prácticamente inasequible a la contradicción o refutación mediante razones. El nacionalismo, diría con conceptos de Ortega y Gasset, no es al final una idea o conjunto de ideas, sino una creencia. Y ya lo explicó el filósofo, son cosas muy distintas: las razones o ideas se tienen, en las creencias se está. Unas las poseemos porque nos hemos adherido a ellas, y otras son nuestro hábitat mental irreflexivo, porque las hemos mamado. En las creencias se está de ánimo completo, sin resquicio.

Bueno, pues así están nuestros conciudadanos nacionalistas vascos en su visión del mundo: con una solidez a prueba de cualquier argumento. Entraron en ella por el sentimiento de ser parte de un grupo humano distinto y separado (y un tanto superior, todo

hay que decirlo), y no saldrán sino por otro sentimiento de igual potencia movilizadora. Lo que, dicho sea de paso, no se percibe en el horizonte. Si el sentimiento de horror ante los crímenes de ETA, perpetrados precisamente en nombre de ese mismo nacionalismo en el que habitan gustosos, no fue capaz de moverles ni un ápice de su creencia (y desde luego no les movió, como Andoni Unzalu describe sentidamente en el último capítulo de este libro), no parece fácil conjeturar siquiera qué razón o emoción podría llegar a hacerlo.

Y si esto es así, ¿qué hace entonces Andoni pergeñando con habilidad y credibilidad un hipotético diálogo con su vecino nacionalista vasco? ¿Para qué le sirve reconstruir una vez más de manera novelada los pobres pero efectistas argumentos de nuestro convecino, llevarle la contraria e intentar bajarle al mundo de lo razonable y razonado, si al final resulta que la tarea está por sí misma condenada al fracaso más rotundo? Si la concordia es imposible por definición, ¿para qué, amigo Andoni, te molestas en imaginar una conversación que se frustra a sí misma? Creo adivinarlo, porque, en el fondo, las ganas de Andoni de discutir con el nacionalismo es algo que muchos vascos no nacionalistas hemos sentido muchas veces como necesidad, o como desahogo, o como rebelión. Vamos, que nos ha pasado a todos en algún momento. Y es que el nacionalismo vasco está ahí delante de nosotros, hegemónico en su escasa doctrina y pletórica emoción, triunfando con una base argumental patentemente endeble, captando voluntades y adhesiones sin fin. Disputar con él es un reto necesario para cualquier ánimo racionalista, crítico y ciudadano. Uno acaba discutiendo sus visiones simplemente porque… están ahí, igual que Mallory trepaba montañas porque se erguían delante de él.

Pero las montañas, claro está, son indiferentes a los escaladores; como el nacionalismo vasco es, probablemente, indiferente ante críticos tan aguzados como el autor de estas páginas. Es poca cosa para él. La mayoría de la sociedad vasca —comentaba recientemente Antonio Rivera, un atento historiador de la sociedad contemporánea— ha asumido ya como dogmas indiscutibles (además de cómodos y rentables) las verdades esenciales del nacionalismo vasco: la nación propia, el euskara como lengua propia, el concierto y el cupo, la historia heroica de un pueblo siempre derrotado y nunca vencido, el conflicto como eje argumental. Disputar con estos jalones de la cosmovisión nacionalista, que se han hecho ya tan rutinarios como banales en nuestro entorno, tiene algo de quijotesco, pero también, a la vez, de díscolo. Andoni viene a ser, en su trayectoria vital e intelectual, un ejemplo de aquellos a quienes la prensa bilbaína (monárquica, carlista o liberal, nacionalista o no) de comienzos del siglo XX motejaba de “vascongados bastardos”. Aquellos socialistas de la margen izquierda que no iban a Madrid a reclamar más y mejor cupo —como sí hacía la comisión diputacional de todas las fuerzas vivas—, sino a denunciar la inequidad e insolidaridad de un sistema de contribución tan injusto como el actual, aunque los conciertos de ayer y hoy sean muy diversos.

A Andoni Unzalu se le nota su maestría en estas líneas: no solo con sus argumentos de crítica esclarecida, sino también con la forma de pensar de ese prototipo de razonador nacionalista que le arroja una y otra vez sus simples pero poderosas afirmaciones. Hay algo estremecedoramente familiar en este interlocutor, una fidelidad en la transcripción y presentación de sus comentarios y exabruptos

que solo puede nacer de la proximidad vivencial y humana. El “vasco traidor” que es Andoni ha convivido mucho, se le nota, con el vasco nacionalista con quien conversa. Son del mismo origen.

Y al final, ¿cuál es esa creencia, ese mundo, ese “ser”, que puebla y amuebla la mente del nacionalista? Me atrevo a añadir otra perspectiva más teórica a la impresionista y puntual que practica Andoni en este librito. Isaiah Berlin utilizó mucho la famosa comparación rusa entre las habilidades respectivas del zorro y el erizo ante un mundo exterior hostil; el zorro tiene muchas y variadas astucias y tretas; el erizo, en cambio, solo conoce una técnica pero, eso sí, la sabe bien, muy bien. Y la ejecuta con tesón. Pues el nacionalismo sería algo así como una creencia política tipo erizo: un núcleo mínimo, invariable, homogéneo y que, como el erizo, se defiende a sí mismo simplemente al formularse cerrada como tal creencia. Consistiría en creer a pies juntillas algo tan simple como lo siguiente: a) Que la humanidad se divide en unas entidades sociales discretas llamadas naciones, constituidas por rasgos variables, pero en cualquier caso definitivos; b) Que las personas pertenecen inevitablemente a una u otra nación, aunque no tengan conciencia de ello, y que la nación es un ente “en sí”; c) Que ninguna estructura de organización del poder político, y tampoco el Estado moderno, está bien constituida si no coincide en sus fronteras con una nación (principio de la correspondencia necesaria); d) Que la misión fundamental de todo poder político —más allá de las más mundanas atinentes a la perpetuación de su base económica— es la de construir y perpetuar la nación (en este punto la nación se vuelve un “para sí” susceptible de construcción deliberada).

El nacionalismo, así extractado, es en algunos puntos esenciales

incompatible con la democracia liberal constitucional. Lo subraya Andoni y acierta plenamente. Los nacionalistas pueden ser demócratas como individuos, pero en su cosmovisión hay algo que repugna a la democracia. La razón de esto es que los nacionalistas vascos consideran el principio necesario de la constitución del poder la más pura facticidad histórica o pseudohistórica (la nación en sí), que no puede ser sometida a validación ni contraste democrático. Este principio, además, está por encima de las personas, e inevitablemente las somete a un paternalismo ejercitado desde el poder para *construirlas* (o reconstruirlas) de acuerdo al modelo nacional elegido. Y el paternalismo es contradictorio con la inspiración liberal de la democracia, cuya base de la convivencia es, por el contrario, la libertad de las personas para diseñar su modelo de buena vida. Además, ese mismo constructivismo nacional genera una frontera interna que pone aparte a los ciudadanos refractarios a la identidad normativamente establecida, como si fueran ciudadanos meramente tolerados, o apátridas consentidos (los *aliens* de Estonia).

Y, desde luego —estoy en ello de acuerdo con Andoni—, la única solución para unos Estados que en su momento se constituyeron como entes homogéneos nacionales (o quisieron hacerlo con limitado éxito, como España) es desnacionalizar a fondo sus estructuras, de forma que quepan en ellas todas las conciencias, todas las identidades y todas las religiones. Y los nacionalismos irredentos subestatales, por su lado, deberán renunciar para siempre a constituirse como Estados uninacionales; y tendrán que aceptar el habitar las estructuras de un Estado compuesto siempre que este garantice adecuadamente su especificidad y autogobierno.

Algo que, formulado así, suena a *good thinking* (vamos, a cuento chino) ante la realidad vasca en la que vivimos (¡dígale usted al nacionalista interlocutor de Andoni que la democracia le exige renunciar a eso que llama “derecho a decidir”!). Algo que, sin embargo, Europa va a imponer como realidad guste o no en su ámbito. O así lo esperamos muchos.

Pero no adelantemos conclusiones. Disfrute primero el lector con esta conversación tan bien diseñada como guiada por Andoni, en la que los asuntos más espinosos de nuestra pequeña pero entrañable *polis* vasca comparecen uno tras otro: nuestro peculiar derecho histórico a no contribuir a los gastos de todos y a la solidaridad interterritorial (salvo en una mínima parte), que —es curioso señalarlo— se fundamentó durante siglos en “la pobreza de la tierra” (léanse a Henao, a Garibay o a los ilustrados de Azkoitia), mientras que ahora se fundamenta en lo contrario, en la superior riqueza de la sociedad vasca. Pobres o ricos, pero siempre privilegiados. Y también comparece ese decidido empeño nacionalista por convertir en bilingües a todos, a no permitir que ningún ciudadano se quede monolingüe. Decía un anterior director de política lingüística del Gobierno vasco —nacionalista, claro— que cuando en Euskadi todos dominen el euskara como hoy dominan el castellano, no habrá libertad de elección lingüística del ciudadano en la prestación de los servicios sociales. No, decía prevenido, porque si damos libertad de uso es posible que vuelva a reproducirse el monolingüismo castellano poco a poco y sin querer, porque ya se sabe que las cabras tiran al monte, y a la gente le gusta hablar en lo que mejor domina. Así que, para impedirlo, organizaríamos los servicios de forma que unos fueran solo en euskara, otros solo en castellano. O

en días alternos. Lógico. Apabullante. Y sí, director de política lingüística.

Lean, sí, este diálogo chispeante y correoso. Disfrutarán con él. Acabarán incluso por sentir una cierta ternura por el interlocutor de Andoni, capaz de sobrevivir impávido a sus andanadas argumentales, amarrado al mástil simple y sencillo de su creencia en contra de las “ganas de confundir y complicar” del interlocutor razonador. Chusco pero entrañable. Solo en el último capítulo, cuando nuestro inmediato pasado de terror y muerte aparece en escena, lo entrañable deja de serlo para mostrar su cara más cruel. Pero… léanlo, merece la poca pena que exige.

José María Ruiz Soroa

AVISO AL LECTOR

Llevo discutiendo con nacionalistas cerca de treinta años. Muchas veces han sido discusiones privadas, y otras muchas, debates públicos en las radios y televisiones vascas. Especialmente en los debates en euskara, tanto en la radio como en ETB, la mayoría de las veces me he encontrado en minoría absoluta frente a diferentes nacionalistas, que discutían conmigo por turnos. Y, sin embargo, yo le doy un gran valor al debate en la defensa de las propias ideas, aunque sea “la minoría de uno solo” como decía Stuart Mill. Sigo defendiendo que solo con el debate sin descanso en la opinión pública podemos ir reduciendo los elementos totalistas de la ideología nacionalista que en mi país, Euskadi, lo envuelve absolutamente todo. Lo “políticamente correcto” en Euskadi se lla ma nacionalismo.

Durante cerca de treinta años no he dejado de acudir a todos los debates a los que me han invitado, tanto a los de ETB o los de televisiones muy locales, siempre rodeado de nacionalistas. El debate para mí es un ejercicio de libertad. Espero no renunciar nunca a él. En la actualidad, desde hace seis meses, he dejado de acudir a los debates porque la normativa interna del Gobierno vasco, al que pertenezco en representación del Partido Socialista, me lo impide. Es una de las razones por las que he decidido hacer un breve recopilatorio de mis muchos debates.

En este libro he intentado mantener la forma de debate oral, y también he mantenido, a propósito, la vuelta recurrente a los mismos temas. El debate con el nacionalista es como caminar en un laberinto cerrado y sin salida. Es como la pelota que el frontón devuelve una y otra vez, sin inmutarse. Después de dos o tres veces, resulta cansino y aburrido, porque siempre se vuelve a lo mismo. Las líneas que siguen son prácticamente transcripciones literales de los debates, algo más organizados que en la marabunta de los medios.

Pero no ha sido esta la única razón. La actualidad política me impele a recopilar estos debates, especialmente por lo que ha pasado, y está pasando en Cataluña. Nunca habríamos esperado esto de los amables comerciantes nacionalistas, que cuando subían la voz solo querían aumentar el precio de la mercancía. Me sigue sorprendiendo la admiración no disimulada de alguna izquierda hacia los nacionalismos catalán y vasco; la renuncia absoluta a enfrentarse al nacionalismo desde posicionamientos propios de la izquierda, la defensa de la democracia constitucional y de la igualdad ciudadana. La posición habitual ha sido la de la condescendencia y, cuando el nacionalismo ha apretado, la del apaciguamiento con cesiones. Seguramente el Gobierno socialista de Euskadi de Patxi López ha sido la única excepción institucional.

Sin duda la izquierda tiene que asumir la existencia de los nacionalismos y la convivencia con ellos. Pero esto solo es posible en la medida en que ellos asuman la pluralidad identitaria de las sociedades vasca y catalana. No se puede negociar con el nacionalista desde la cesión de los propios principios, es más, la defensa pública de los principios de izquierda es lo que puede abrir

una vía de convivencia con el nacionalismo dentro de los estándares democráticos. Me preocupa que, frente a las posiciones desaforadas del nacionalismo catalán, solo encuentren la defensa de otro nacionalismo, el español, y no la defensa del pacto ciudadano de todos los españoles.

Yo he intentado denunciar dos tendencias consustanciales de todo nacionalismo: el desprecio por la democracia constitucional y la división social en dos categorías de ciudadanos, ambos totalmente antidemocráticos. Lo he hecho desde mi experiencia personal con el nacionalismo vasco, pero también desde el convencimiento de que todos los nacionalismos son esencialmente iguales.

Alguno preguntará: ¿entonces, no se pueden asumir los nacionalismos en democracia? Se puede, pero solo en la medida en que la legalidad constitucional y el debate público pongan límites que estas dos tendencias antiliberales no puedan cruzar.

No sé en qué medida he logrado estos objetivos, el lector juzgará si este ejercicio de debate de ideas frente, casi siempre, a creencias nacionalistas tiene algún sentido.

CAPÍTULO 1
# UN PAÍS UNIDIMENSIONAL

Antes de ponerse a hablar de política con un nacionalista, conviene conocer el país en el que habita. El nacionalista posee un corpus teórico muy limitado, pero no por eso se siente menos firme en sus convicciones. Lo que le da la fortaleza no son sus ideas, sino vivir en un país, ser miembro de un pueblo. Si no somos capaces de entender esto, es muy difícil, siquiera, intentar un debate con el nacionalista.

Seguramente el lector de buena fe pensará que para conocer el país que habita el nacionalista es necesario conocer la geografía y la historia de ese país. Nada más lejos de la realidad. Para nosotros un país tiene un componente físico, una geografía: los montes, ríos, pueblos, calles, catedrales… Y pensaremos que sus habitantes tienen un pasado y que, además, son producto de ese pasado. Entendemos la historia como una línea temporal continua, en la que lo primero está antes y lo segundo después, donde una cosa sigue a la otra. Los hechos están organizados en esa línea temporal y tienen sentido en la posición que ocupan, porque son el resultado de hechos anteriores y, a su vez, tienden a conformar los siguientes.

El *presentismo*, entendido como el defecto de interpretar los hechos del pasado desde los contextos del presente, parece una aberración y es, por cierto, una corriente en auge en algunos

movimientos que se autodenominan progresistas. Hace poco una concejala de Durango afirmaba, como muestra de su feminismo, que las brujas vascas eran “mujeres liberadas que se atrevieron a desafiar las convenciones”[1].

Pero el nacionalista no interpreta desde el contexto actual los hechos del pasado, no; simplemente borra la línea temporal: no hay tiempo, solo queda el “ser”. Es interesante que el español, el euskara y el catalán sean de los pocos idiomas que diferencian los verbos “ser” y “estar”. “Ser” denota naturaleza o identidad y “estar”, contingencia. “Soy un enfermo” o “estoy enfermo” son cosas muy distintas, lo mismo que si digo “es guapa” o “está guapa”. En el país que habita el nacionalista, el “estar”, la contingencia, desaparece, y todo queda absorbido por el “ser”, la naturaleza y la identidad. Esta negación de la contingencia es tan radical que en el país del nacionalista no existe el tiempo, ni el sentido de lo físico.

Curiosamente, la anulación de la línea temporal se hace mediante una hipérbole: “somos desde siempre”. Si somos desde siempre, qué más da que lo que cuento sea del siglo II, del siglo XVIII o de ayer. La historia es un todo circular en la que cada hecho o acto refuerza y legitima otro hecho o acto, independientemente de la línea temporal. Lo importante no es cuándo, sino que una narración del siglo II y otra del franquismo cuenten el mismo relato. Y, por supuesto, la cosa narrada no tiene por qué tener nada que ver con la realidad histórica o presente; mejor que no sea real porque, como decía Arendt, la mentira es mucho más verosímil. Como la verdad siempre es compleja y contradictoria, las cosas inventadas resultan más creíbles porque encajan a la perfección en el relato común.

Todos los nacionalismos estiran al máximo su origen, su principio,

para anular la contingencia histórica. Milosevic inició su locura nacionalista serbia con un mitin en el Campo de los Mirlos, rememorando una batalla del siglo XIV. A los nacionalistas vascos les gusta mucho una frase que recoge el fuero nuevo de Vizcaya de 1526: “Las costumbres se pierden en la memoria de los tiempos”. No importa que ese fuero nuevo reformara y modificara otras costumbres del fuero viejo que igualmente se perdían en la memoria de los tiempos. La línea temporal cuantificable desaparece porque se alarga hasta el infinito. Los nacionalistas vascos dan especial transcendencia a este concepto de eternidad retroactiva.

Entre los vascos es muy antigua la obsesión por decirse diferentes, la creencia en una especie de supremacismo primitivo, con un origen superior y distinto que legitima privilegios. Durante el siglo XV, Lope García de Salazar escribió una suerte de historia universal, y empezó por donde debía: por el Génesis. Pasó por Grecia, Fenicia, Roma y Cartago, pero llegó a donde debía llegar: los vascos somos descendientes de Tubal, nieto de Noé. Y luego se dedicó a contar las batallitas de su tiempo. Esto de descender de Tubal se hizo popular en los siglos XVII y XVIII, pero luego vino el Romanticismo y hubo que darle al origen un inicio más abstracto, pero igual de eterno hacia el pasado. Unamuno escribía en un artículo de 1904 que “Cuéntase también que, diciendo un Montmorency, creo, delante de un vasco, que ellos, los Montmorency, databan no sé si del siglo VIII o IX, contestó el otro: pues nosotros, los vascos, no datamos”.

“Nosotros los vascos, no datamos”. Una afirmación rotunda y radical. A nosotros no nos hacen falta documentos o restos arqueológicos, lo nuestro es distinto. Frente a esto, la precisión

histórica es, simplemente, de mal gusto. Para anular la contingencia de lo físico, de la geografía, se echa mano de otra hipérbole: “la tierra” eterna y sagrada. “La Rota” polaca dirá: “jamás abandonaremos la tierra de nuestros padres”. La primera película nacionalista que se rodó en Euskadi, en 1968, se titulaba *Ama Lur*, “Madre Tierra”, las dos con mayúscula. No podía ser de otra forma.

Si hay un símbolo que funciona como mito explicativo de esta unión entre la tierra y lo eterno es el del caserío vasco. Incluso hoy, cuando un nacionalista habla de economía, dice “el comercio vasco, la industria vasca” pero, al llegar al caserío, el *baserritarra* independiente, que no necesita la unión de los pueblos, orgulloso defensor y guardián de la tierra que ha recibido de sus padres, dirá sin dudar *gure baserritarrak*, “nuestros labradores”. No es economía, es otra cosa.

Es así como, sin tiempo ni geografía, se construye el país del nacionalista: un país unidimensional y circular. Todo está en el mismo plano, todo concuerda de forma lógica en un relato mil veces repetido. Este país unidimensional funciona como cama de Procusto para que en su lógica encaje cualquier acontecimiento. *Izan zirelako gara, garelako izango dira*, “Porque fueron somos, porque somos serán”. El país del nacionalista es siempre el mismo, el de hace cien años o doscientos; es nuestro país y nosotros somos sus guardianes.

Este es el país en el que habita el nacionalista; no tiene principio pero, sobre todo, él se encarga de que no tenga fin. El nacionalista vive en el siglo, como se decía antes, pero habitar, habita ese país unidimensional que tiene una lógica circular aplastante y que se construye sin ninguna contradicción interna. Este país imaginario

nos puede parecer irracional, e incluso infantil, pero debemos saber que su fuerza no radica en la razón, sino en la lógica. ¿Pero no son lo mismo lo racional y lo lógico?, me responderán. Pues no, lo racional es el esfuerzo por reconocer la realidad de forma autónoma a la voluntad. Lo lógico es una construcción en la que todos sus componentes encajan sin ninguna contradicción; puede ser totalmente falsa, y mejor así, pero lo importante es que cada componente se ensamble a la perfección con otro para construir un relato sin fisuras. Ahí está la fuerza y el poder del país del nacionalista, un país imaginado que tiene una estructura central sencilla y poderosa.

## NOSOTROS SOMOS DIFERENTES

Este es un concepto fuerza del país nacionalista: no somos como ellos, somos diferentes. Pero en realidad es un argumento supremacista, porque bajo esta definición se quiere afirmar que somos mejores. Obviamente, la diferencia primordial es el origen, porque si dices que eres descendiente de Noé no hay quien te gane (a pesar de que, racionalmente hablando, todos descendemos de él). Esta diferencia del “ser” busca argumentos de todo tipo: religiosos, racistas, históricos.

Hubo un tiempo en el que el grupo sanguíneo 0 Rh negativo hizo fortuna. Esto es un hecho incontestable: los vascos tenemos un porcentaje altísimo de 0 Rh negativo comparado con el resto de los españoles. No somos iguales. Los elementos raciales, que es bueno recordar que eran ampliamente asumidos por la intelectualidad de cambio de siglo XIX-XX, dieron sin duda argumentos poderosos a la diferencia nacionalista. Arturo Campión, estando en Madrid, dedicó

muchas horas a medir los cráneos de los soldados de los cuarteles para elaborar tipos por regiones, especialmente los vascos.

Hoy en día estos argumentos biológicos han perdido fuerza, pero la búsqueda de la diferencia, no. Esta demostración permanente de la diferencia se adapta bien a las modas de cada tiempo, y las que hoy prevalecen son las de tipo cultural-identitario: hablar euskara no es simplemente hablar otro idioma, es mucho más, implica tener una cosmovisión diferente. Este argumento ha sido recuperado, por cierto, por los nacionalistas catalanes.

Esta defensa de orígenes diferentes tiene una gran fuerza en el nacionalismo vasco, que ha intentado elaborar la teoría del desarrollo local vasco desde el Cromañón: ahí tenemos si no las cuevas de Santimamiñe y otros restos que prueban que los vascos estamos aquí desde siempre. Y no es cosa de tomarlo a risa, es cosa sería: no hace mucho, el lehendakari Ibarretxe decía que estábamos aquí desde hacía 35.000 años.

Los vascos hemos dedicado muchas horas a rastrear los historiadores y geógrafos antiguos buscando nuestro rastro, Estrabón y Plinio entre ellos. *¿Ves?*, te dirá el nacionalista, *¿Cómo le llamamos a San Sebastián? la Bella Easo. Fue Estrabón el que le puso el nombre, pues eso, estábamos aquí antes que los romanos.*

## PARAÍSO PERDIDO

Los nacionalistas, que tienen una fuente de energía en el pasado, vuelven a ella una y otra vez para recargar y reivindicar su pasado inventado. Es una especie de paraíso perdido: una época en la que teníamos poder y éramos respetados por todos. Este paraíso perdido no tiene una fecha o tiempo determinado en la historia

universal. Se construye con acontecimientos entresacados de diferentes épocas, pero que juntos dan a entender que nos respetaban y teníamos poder. Los vascos echamos mano, indistintamente, del viejo reino de Navarra o de los territorios forales. *El reino de Navarra no era como nos cuentan, era muy grande y allí estábamos casi todos los vascos. A ver, si no, dónde están enterrados los viejos reyes de Navarra, pues en Nájera, porque Navarra llegaba hasta La Rioja. Y a ver, quién fundó Durango, San Sebastián o Vitoria, pues los reyes navarros.*

La otra versión es la de paraíso foral. Que los tres territorios, aunque autónomos, pertenecieran al reino de España es lo de menos. *Pertenecíamos sí, pero éramos independientes de facto,* te dirá el nacionalista. *A ver, ¿no tenían que venir los reyes a jurar los fueros para ser admitidos? Hasta Fernando el Católico tuvo que venir, mira si no el cuadro que está en las Juntas Generales de Gernika. Y además, teníamos nuestra frontera, no pagábamos impuestos al rey y no mandábamos soldados a luchar con el rey.* Otro te dirá, *¿pero no teníamos los de Bilbao un consulado en Brujas como si fuéramos una nación soberana?*

Los textos de Estrabón, el reino de Navarra, los fueros o el consulado de Brujas no tienen nada que ver entre sí, pero para el país nacionalista significan lo mismo: un pasado en el que nos respetaban.

Rastreamos la historia buscando personajes famosos para demostrar que los vascos hemos hecho cosas importantes. Algo que ofende mucho a un vasco es que una persona extranjera le diga que el primero en dar la vuelta al mundo fue Magallanes, como se enseña en casi todo el mundo. *¡Pero, hombre!,* le dirán, *¿pero qué os enseñan a vosotros? Todo el mundo sabe que el primero en dar la vuelta al mundo fue Elcano, vete a Getaria por favor, allí está su estatua*. Nos da igual quién era realmente o qué defendía: lo importante es que fuera famoso; san Ignacio de Loyola, Lope de Aguirre o Juan de Garay, fundador de Buenos Aires. Que Lope y

Garay fueran representantes del rey de España o que san Ignacio luchara junto a las tropas castellanas en la toma de Navarra no importa. Lo que importa es que eran famosos, lo que prueba que no éramos cualquier cosa, los vascos.

## NUNCA NOS HAN VENCIDO

Las derrotas tienen un significado muy particular para el nacionalista, porque entrañan un valor moral. Nunca tenemos responsabilidad en la derrota, no ha sido culpa nuestra, la culpa fue de otros. La derrota es fundamentalmente una injusticia histórica. Por eso los nacionalistas recuerdan y rememoran tanto las derrotas; *hicimos lo que había que hacer, perdimos de forma injusta*. Nuestros héroes son los derrotados, pero jamás los vencidos. Ser vencido tiene también un valor moral: me pueden ganar, pero nunca me vencerán, porque yo nunca traiciono a mi pueblo. Ser vencido supondría, pues, ser un traidor. Nos pueden derrotar, pero jamás renunciamos a la defensa de nuestro país.

"Nos han derrotado, pero no nos han vencido" exclamará el lehendakari Aguirre en su marcha al exilio.

Arzalluz, el presidente del PNV durante tantos años, solía llamar "el último godo" al presidente Aznar[2]. Alguien de Madrid o Sevilla podría pensar que con eso le llamaba bárbaro… ¡qué va! Es la aplicación de otro mito vasco. Se dice que los cronicones de los primeros reyes godos siempre terminaban poniendo *et domuit vascones*, "y dominaron a los vascos". Aquí un nacionalista ve lo que otros no perciben, y te dirá: *¿Ves? Todos ponían lo mismo, ¿qué quiere decir eso?, que todos lo intentaban, pero nadie lo consiguió. Si fuera verdad lo de "domuit vascones", ya el siguiente rey no tendría necesidad de ponerlo*. Por eso, cuando Arzalluz

llamaba a Aznar “el último godo”, estaba diciendo que la historia siempre es igual, que siempre nos han atacado, pero que nunca han conseguido vencernos. Los historiadores nacionalistas no tienen la función de relatar los hechos verdaderos del pasado, sino la de estudiar una y otra vez los hechos históricos para encajarlos en el relato del país del nacionalista. No se trata de falsificación, es otra cosa: el historiador nacionalista hace compresible la historia real desde la ventana del país unidimensional.

Este es en realidad el país donde habita el nacionalista. Si nos riéramos por considerarlo infantil, cometeríamos un grave error, porque este país unidimensional tiene una fuerza mucho mayor que nuestro país real, lleno de contradicciones e incertidumbres. Es un país en el que todo cuadra, donde todo tiene su lógica. Sus habitantes tienen la seguridad de la verdad, la certidumbre de entender el mundo. Por eso debiéramos tomarlo muy en serio y, en vez de mirarlo con desprecio, dedicar mucho más tiempo a debatir de forma seria sus elementos, uno a uno, para desmontar este país en el que tantos habitantes se sienten fortalecidos.

## NADIE NOS COMPRENDE

El nacionalista tiene muy interiorizado el concepto de que “nadie nos comprende”. Este “nadie nos comprende” funciona como blindaje a toda crítica externa, pero produce, también, un sentimiento larvado de inferioridad. El nacionalista es como el adolescente incomprendido que recorre el patio del colegio buscando una mirada amiga, una mano a la que agarrarse. Para él no hay nada tan reconfortante como que un extranjero reconozca el país unidimensional en el que habita. Este reconocimiento reafirma su

creencia de la injusticia que sufre y refuerza su verdad.

El nacionalismo vasco lleva 150 años buscando amigos, rastreando la historia para ver quién habla de nosotros. Cuando encuentra algo se llena de alegría *¿A ver, a quién pone Rousseau como ejemplo de democracia? Pues a nosotros, a nuestras Juntas Generales. ¿Y qué me dices de Humboldt? No era un cualquiera, una universidad de Berlín lleva todavía su nombre. Hizo dos viajes para conocer a los vascos. ¿Y qué decía, eh, qué decía? Pues que el euskara era la lengua primitiva de toda España. Ahí queda eso.*

El Gobierno vasco actual tiene una medalla honorífica que se llama *Lagun Onari*, “al buen amigo”. Los premiados son personas tan diferentes como Julio María Sanguinetti, expresidente de Uruguay, Eduardo Frei, expresidente de Chile, Francesco Cossiga, expresidente de italia o Václav Havel, primer presidente de la República Checa. ¿Se puede poner en una misma lista a Cossiga, la mano negra de los años de plomo de Italia y a Havel, luchador contra la dictadura comunista? Se puede: el nacionalismo vasco lo ha hecho.

Estos días hay gente que se sorprende de que Puigdemont haya aceptado a vivir su fuga en la residencia de un político neonazi y racista. A los *indepes* de Cataluña les da igual quién es este político en realidad, solo les importa que alguien con poder les haya tendido la mano.

Seguramente, Euskadi es el territorio donde Ronald Reagan es más despreciado. Pues bien, cuando, de la mano de un ultraconservador vasco-americano, Paul Laxalt, exgobernador de Nevada, —tan reaccionario que a su lado Rajoy parece un izquierdista peligroso—, el lehendakari Ardanza fue recibido por el

presidente de EE UU Ronald Reagan, fue un alborozo para el nacionalismo: *Veis, hasta el presidente de Estados Unidos recibe a nuestro lehendakari*. Este oculto complejo de inferioridad y la necesidad de buscar “amigos” por el mundo ha creado en el nacionalismo una habilidad especial para hacerse oír y buscar apoyos internacionales. Es algo que el Gobierno de España nunca ha sabido entender, ni durante el terrorismo de ETA y la “diplomacia” de Herri Batasuna, ni en la actualidad, con la red de Diplocat en Cataluña.

Podemos criticar al nacionalismo, incluso sonreír con sus planteamientos infantiles, pero jamás debemos infravalorar la fuerza que tiene y los recursos que puede poner en movimiento.

CAPÍTULO 2

# LA FINANCIACIÓN

La fiscalidad y la financiación de los territorios son dos asuntos muy serios para los nacionalistas vascos: hoy dicen que el concierto es el alma del autogobierno vasco. Así, todos los vascos sentimos una especie de reverencia por dos palabras, que guardamos como en cofre sagrado: el concierto y el cupo. Esto es lo verdaderamente nuestro, la esencia de lo vasco y de la foralidad: Franco nos lo quitó, pero lo hemos recuperado. Cualquier nacionalista te dirá que *Franco nos quitó el concierto por ser provincias traidoras, para castigarnos.* Pretenden con ello otorgarse una medalla especial en la lucha contra Franco, pero ocultan con sumo cuidado los viajes del joven Monzón (luego patriarca de Herri Batasuna) a Pamplona para hablar con el golpista Mola. Y un silencio igual de grande cubrirá los titubeos del PNV durante la noche del 18 de julio en la que finalmente el partido se alineó con la República en Vizcaya y Guipúzcoa, pero apoyó a los sublevados en Navarra y Álava.

Los fueros son el gran sello que legitima las reivindicaciones políticas de los vascos. Hasta la Constitución lo recoge, en la disposición adicional primera: “La Constitución ampara y respeta los derechos históricos de los territorios forales”. Los fueros son la cuna mítica donde nace nuestra libertad y nuestra democracia vasca. No solo democracia, sino “democracia vasca”.

El pase foral garantizaba nuestra libertad. *Se obedece, pero no se cumple*, te dirá con media sonrisa de superioridad el nacionalista. *Así éramos los vascos de antes, ya podía el rey mandar cualquier cosa que, si no respetaba los fueros, nosotros no lo cumplíamos. Se obedece, pero no se cumple.* Ya puedes decirle que los fueros de Vizcaya eran parecidos a otros muchos fueros medievales de toda Europa, o que la cláusula de "pase foral" la tomó el fuero de Vizcaya de las previas Ordenanzas de las Cortes de Castilla, o que los Parlamentos regionales franceses, antes de la Revolución, tenían un sistema parecido al tener la potestad de registrar o no registrar los edictos reales, hasta que la Revolución terminó con ellos. O que el pase foral era solo una petición suspensiva para que el rey revisara su orden pues, si la ratificaba, había que cumplirla inexorablemente. Da igual.

El lehendakari Ibarretxe afirmó con rotundidad "Los fueros son la verdadera Constitución del pueblo vasco"[3]. Yo dudo mucho que los haya leído. Espero, al menos, que no defienda que para ser representante haga falta tener unas rentas elevadas, los llamados "millares". Los fueros también establecían que, para ser juntero, se tenía que escribir castellano, cosa que muy pocos conseguían —ahora pretenden imponer lo contrario: el programa electoral del PNV recogía la necesidad de exigir el euskara a los cargos públicos—, o que solo un porcentaje ínfimo de la población, menos del 5 por ciento, podía ser elegido.

Qué más da lo que pongan los fueros, los fueros son una metáfora que da cobertura a cualquier pretensión de diferenciación política, al derecho de la bilateralidad: *Nosotros negociamos directamente con el Estado*. Incluso el concierto se ha convertido en

derecho foral, cuando históricamente era exactamente lo contrario, el resultado de la derogación de los fueros. El primer concierto vasco se aprobó en el año 1878, pero hoy se ha convertido en uno de nuestros derechos históricos más antiguos.

Cuando hablas con un nacionalista vasco sobre el *Procés* y comentas que los nacionalistas de Cataluña quieren también su concierto, te mirará con media sonrisa y te dirá: *Ah, los catalanes, ya tuvieron su oportunidad en la transición y se negaron. Nos decían que el concierto era una antigualla. Pero ya ves, ahora ellos quieren lo mismo. Nosotros teníamos razón, ellos no*. Pero a renglón seguido, como haría un padre con su hijo descarriado, defenderá la opción de los soberanistas catalanes: *Pero es que tienen razón, mira la de veces que han intentado negociar con Rajoy un nuevo acuerdo fiscal. Y nada. Siempre el no. Al final no han tenido más remedio que poner en marcha el Procés*.

Si le pregunto si cree que la financiación de Cataluña es injusta, me responderá rápidamente: *Pues claro que sí. Cataluña aporta el 25 por ciento de todo el PIB de España, a ver cuánto les devuelven a ellos*. Obviamente, no le preocupa que Murcia o Castilla-La Mancha también estén financiadas de forma injusta. Vale, si tu fueras Rajoy, ¿cómo lo harías, qué cosas cambiarías? *Bueno, no sé, pero de otra manera, lo de ahora es injusto.* Yo aprovecho para proponerle un juego; vamos a negociar entre los dos un sistema que le parezca justo. A ver si podemos llegar a un acuerdo. En los presupuestos para el año 2017, el total de dinero de todas las comunidades autónomas, descontando endeudamiento y créditos, es de 144.000 millones. ¿Cómo lo repartirías entre las 17 comunidades? *No tan rápido*, me contesta el nacionalista, *Antes de*

*empezar a repartir tenemos que mirar cuánto ha pagado cada uno. Si unos pagan más que otros, algún derecho tendrán en el reparto, ¿no?* Bueno, ¿y tú qué entiendes por pagar más? *Pues pagar más es pagar más; Cataluña, por ejemplo, paga mucho más que Andalucía.* Los nacionalistas tienen muy interiorizado el concepto de que los que pagan son los territorios, no las personas y las empresas.

Mira, le digo yo, Getxo (el municipio más rico de Vizcaya) paga mucho más que Barakaldo (municipio obrero de la margen izquierda) ¿Te parece que en el reparto del dinero a los ayuntamientos tendríamos que darle mucho más a Getxo que a Barakaldo? *Ya estamos, eso no tiene nada que ver. Getxo y Barakaldo son los dos de Euskadi. El ejemplo que pones es solo para meter cizaña. Nosotros decidimos cómo repartir nuestro dinero entre nuestros ayuntamientos, lo mismo que los andaluces o los de Baleares. Lo del reparto entre comunidades autónomas no tiene nada que ver con esto*.

Un nacionalista reconoce que dentro de cada territorio se debe hacer un reparto equitativo entre todos, independientemente de los pagos. Lo mismo exigirá a la Unión Europea: los Estados más ricos deben dar fondos a los más pobres. *Por eso estamos en la Unión Europea. Si no se reparte la riqueza entre todos, ¿para qué estamos entonces en la Unión, solo para pagar la burocracia de Bruselas?* te contestará. Pero, cuando llegamos al reparto entre diferentes territorios de España, la cosa cambia: *A ver, cada uno defiende lo suyo, ¡para qué queremos si no el autogobierno!*

Pero, si todos pagáramos igual, ¿se podría, entonces, hacer el reparto igual para todos? *Hombre, en ese caso no habría problema,*

*sería lo justo. Todos pagamos igual, todos recibimos lo mismo. Pero es que no es así en la actualidad, mira tú cuánto pagan los extremeños y los andaluces y compara luego con lo que pagamos los vascos y los catalanes.* Nunca citará a Madrid como el territorio que más paga, por si acaso.

Y llegados a este punto tenemos que explicar qué es pagar igual y qué es pagar más o menos. A un nacionalista le cuesta entender que los territorios no pagan impuestos, que Euskadi o Cataluña no pagan impuestos, que quienes lo hacen son los ciudadanos y las empresas de Euskadi o Cataluña. ¿Te parece que si una empresa o un ciudadano de Euskadi y otra empresa o ciudadano de Andalucía pagan lo mismo eso significa que pagamos igual? *Hombre, pues claro, pero nosotros pagamos más que los andaluces.* Y ahora le tengo que recordar que en cualquier Estado con un mínimo de equidad fiscal, los impuestos son progresivos: el que más gana, proporcionalmente aporta más, o al menos debería. Uno que gana 100 paga 10, pero uno que gana 200 paga 25, no 20.

Y le formulo la pregunta de otra forma: Si una empresa que en Euskadi tiene unos beneficios de un millón de euros pagara lo mismo que otra empresa andaluza con el mismo beneficio, ¿estaríamos pagando lo mismo? ¿Y si alguien que gana 50.000 euros en Euskadi paga lo mismo que otra persona con el mismo sueldo en Andalucía, entonces, ¿estaríamos aportando lo mismo? *Hombre, puesto así, no sé,* y se queda pensando. Llegamos, por tanto, a la conclusión de que pagar igual no significa pagar la misma cantidad, sino que las personas y empresas aporten lo mismo en las mismas condiciones. Por eso, ratifico, los de Getxo y los de Barakaldo pagan igual, porque las personas y empresas de esos

dos municipios aportan lo mismo en iguales condiciones. Pero al final tengo que reconocer que no todos pagan igual, porque en diferentes territorios tenemos tipos diferentes.

En Euskadi, le explico, los tipos íntegros de los diferentes tramos del IRPF se deciden en las Juntas Generales; pero en las comunidades autónomas de territorio común, el 50 por ciento del impuesto lo decide la Administración central, y el resto, la comunidad autónoma. Por ello, el 50 por ciento del IRPF se paga igual en todos los territorios (salvo nosotros, los vascos, claro) y el otro 50 por ciento depende de cada comunidad.

Vamos a comparar el marginal de los tramos más altos en el porcentaje del IRPF correspondiente a la comunidad autónoma; Euskadi, 46 por ciento; Madrid, 42 por ciento y Cataluña, 51 por ciento. *Ahí lo tienes,* me dice con alborozo el nacionalista, *quién paga más, eh, quién paga más, pues Cataluña. Y Madrid, quien menos, como siempre*. Madrid tiene el marginal más pequeño, pero es el territorio que más paga, porque es donde hay más ricos. ¿Entiendes ahora lo qué es pagar más y pagar menos?, le digo. *Ya, pero me estás dando la razón, donde menos pagan es en Madrid*. Como en esta ocasión le viene bien el cálculo sobre iguales condiciones, y no sobre territorio, se queda con el argumento que más le beneficia.

¿No te parece que lo más justo sería que estos impuestos fueran iguales en todos los territorios y que luego los repartiéramos por igual entre todos los habitantes? *Pues parece que sí, pero al final los catalanes siguen teniendo razón, parte de sus impuestos se van a Andalucía o a Extremadura.* Y también parte de los impuestos de los madrileños, le digo, pero si tenemos que devolver a cada uno los

impuestos que paga, ¿para qué queremos el Estado? Si el Estado no sirve para cobrar más al que más tiene y distribuir la riqueza para que todos tengan los mismos servicios y oportunidades, dime, ¿para qué sirve el Estado de bienestar? No sabe qué responderme, pero sigue sin darme la razón: *En Euskadi tenemos derecho a decidir nuestro futuro y a utilizar nuestros recursos como mejor nos parezca* concluye.

Los expertos, sin embargo, son terminantes: los impuestos son de media más bajos en Euskadi que en el territorio español común, aunque la presión fiscal es marginalmente mayor. Esta aparente paradoja se explica por la progresividad del IRPF y por la poca productividad del impuesto de sociedades. En cualquier caso, tal como señaló Ignacio Zubiri en 2015, “es claro que la mayor presión fiscal de la comunidad autónoma vasca no implica impuestos más altos. Al contrario, los tiene significativamente más bajos”.

Bueno, ahora que hemos hablado de la financiación de los demás territorios, ¿qué hacemos con nuestro concierto y con el cupo? *Ah, aquí no me pillas, una cosa no tiene que ver con la otra. Primero, el concierto es un derecho histórico que nadie nos puede quitar y que está recogido en la Constitución. Y segundo, nosotros, los vascos, pagamos a España todo lo que nos toca pagar, incluso más. ¿No dices tú que el reparto hay que hacerlo por habitantes? Mira, nosotros pagamos el 6,24 por ciento de los gastos del Estado y no llegamos al 5 por ciento de la población.* No se trata del concierto ni del cupo, sino de cómo se hacen los números para calcular lo que tenemos que pagar, le contesto. *No vamos a entrar a discutir eso, porque el cálculo es muy complicado y yo no entiendo de presupuestos, para eso están los economistas del Gobierno vasco,*

*lo único que sé es que pagamos el 6,24 por ciento, que es más de lo que nos toca.*

Los cálculos serán complicados, no te lo discuto, pero al final los grandes números deberían cuadrar, ¿no? ¿Tú sabes cuánto dinero tienen de media las comunidades autónomas de territorio común? Pues como media tienen unos 3.000 euros por persona y año, aunque entre ellos hay también bastantes diferencias. ¿Sabes cuánto tiene el Gobierno de Navarra y el de Euskadi? Más de 6.000, más del doble que el resto. Hay algo que no cuadra. Porque, según las tablas, esta diferencia tan enorme de financiación se produce "a igual presión fiscal·", es decir, descontando el efecto de las diferencias de impuestos. *No es verdad ese dato, me contesta, en Navarra puede que sí, pero yo he leído que en Euskadi tenemos en torno a 4.500 euros por persona y año. No más de 6.000 como dices tú*, me contesta con enfado. Cuando le interesa, no tiene datos, pero cuando cree que hay alguno que le favorece siempre lo saca a relucir. Tienes razón, le digo, en los presupuestos del Gobierno vasco es como tú dices, pero te olvidas de las Diputaciones forales. Nosotros, los vascos, tenemos dividido en dos partes lo que en otros territorios corresponde al gasto de las comunidades autónomas. Si sumas el del Gobierno vasco y las Diputaciones, verás que superamos ampliamente los 6.000 euros.

No le ha gustado nada que saque lo de las Diputaciones, pero seguimos con los grandes números: el Gobierno de España paga a la Unión Europea unos 13.000 millones. Entre ellos, está la parte que paga por los vascos, que es superior a 800 millones. Además, el Gobierno de España invierte en Euskadi, hace muy poco se negoció la terminación del tren de alta velocidad y los accesos a las

tres capitales vascas. Vamos a tirar por lo bajo y decir que el Gobierno de España invierte en Euskadi 300 millones, lo que hace un total de 1.100 millones, y con eso solo tenemos en cuenta los pagos a la Unión Europea y las inversiones; no hemos contado lo que gasta en prisiones, acción exterior y otros servicios no transferidos. ¿Sabes cuánto pagamos por el cupo el año 2017? 960 millones. Los economistas del Gobierno vasco, más que economistas, parecen magos. Si yo fuera Montoro los contrataba para que fueran a negociar a la Unión Europea.

CAPÍTULO 3

# EL EUSKARA

Si te pones a hablar sobre el euskara con un nacionalista vasco, entramos ya en palabras mayores. Es el sanctasanctórum de la identidad, hay que hacerlo como en un recinto sagrado, en voz baja y con reverencia.

Los lingüistas de principios del siglo pasado solían decir que un idioma es un dialecto con ejército. Nosotros lo podemos parafrasear diciendo que un idioma es un dialecto con Estatuto. Ahí andan discutiendo si el valenciano y el catalán son dos idiomas diferentes, si puede darse categoría de idioma al bable, etc.

Cuando un nacionalista vasco escucha estas discusiones, las considera con distancia, como a niños pequeños peleándose por minucias. Él sabe que lo del euskara es otra cosa. Lo del 0 Rh negativo es un poco racista, vale. Incluso lo de la historia, hay veces que se puede discutir. Pero el euskara es otra cosa. Una roca indiscutible.

*El catalán y el gallego son dos idiomas*, te dirá. *Pero los dos vienen del latín, como el español o el francés. Y no solo eso, el latín, el griego o los idiomas eslavos, como el ruso o el polaco, todos vienen del indoeuropeo. ¿Y sabes tú desde cuando se habla indoeuropeo? Pues por lo menos desde hace 7.000 años. Y mira ahora si el euskara viene del indoeuropeo. ¿No, verdad? Pues eso,*

*nosotros estamos aquí desde mucho antes, desde siempre. Y fíjate tú que han pasado años, han pasado cosas, los cartagineses con sus elefantes, los romanos, los godos, los Reyes Católicos y la dictadura de Franco, y nada, nosotros, los vascos, a lo nuestro, hemos defendido nuestro idioma durante miles de años. El origen del euskara sí que se pierde en la memoria de los tiempos. A ver ¿de qué eran las hachas en el Neolítico? De piedra. ¿Y cómo se dice* hacha *en euskara? Pues* aizkora*, con la raíz* haitz*, que quiere decir* piedra*.* Da igual que le digas que Mitxelena dice que *aizkora* viene del latín *asciola*, o que el euskara no es el único idioma no indoeuropeo de Europa; el estoniano, el húngaro, el finés, el carelio, el sami o el lapón tampoco lo son. Durante los últimos 250 años hemos creado todos los mitos posibles sobre el euskara. Durante el XIX hizo fortuna el iberismo, la teoría de Humboldt que decía que el euskara era el idioma primitivo de toda Iberia antes de los romanos. Más tarde buscamos parentescos con todo tipo de lenguas, con el bereber, con el jíbaro o el georgiano. Ahora ya no buscamos más. El misterio es mucho más poderoso. “Se pierde en la memoria de los tiempos”.

A veces, los vascos tenemos una relación un poco esquizofrénica con el euskara, algo difícil de entender por otros. Voy a contar una anécdota verdadera. Cuando fui elegido parlamentario vasco por la lista de PSE, en el año 2009, en la primera sesión había que votar la presidencia del Parlamento. Por acuerdo entre el PSE y el PP, la presidencia le tocaba a Arantza Quiroga, del PP. La verdad, no me hacía mucha ilusión tener que votar a una persona del PP y además del Opus Dei. Radio Euskadi tuvo la idea de hacer un programa en directo desde la sede del Parlamento, justo antes de comenzar la

sesión. Invitaron a cuatro personas, entre ellas, dos nuevos parlamentarios (un joven del PP y yo) y otros dos que dejaban de serlo: Rubalkaba (del PNV) y Larreina (de EA, escisión del PNV que ahora ha terminado en Bildu).

Rubalkaba, con su apellido euskaldunizado con la “k”, con gran indignación, nos echó un sermón al del PP y a mí por votar como presidenta a una persona que no supiera euskara*. Ahí se ve todo lo que amáis al euskara vosotros. Os da igual que la presidenta del Parlamento vasco no sepa euskara*. El joven del PP comenzó inseguro a defenderse diciendo: *Es verdad que no sé euskara, pero mi hija va a una ikastola y yo intento aprenderlo*. De los cuatro que estábamos en el programa, yo era el único euskaldún y le dije: *Oye, Rubalkaba, yo hablo euskara, que yo sepa tú no lo hablas, ¿no?* Y se armó la marimorena. Después de aquello, fui a la sesión más convencido de que tenía que votar a la persona que habían pactado el PSE y el PP.

Esto de que una persona que desconoce el euskara defienda que el euskara es parte sustancial de su identidad es un poco raro. Cuesta entenderlo. Y, sin embargo, miles de vascos nacionalistas que no saben euskara te dirán: “El euskara es la esencia de nuestra identidad”. ¿Cómo es posible que el euskara sea la esencia de tu identidad si tú no lo hablas? El truco está en que él siempre te habla en plural: “nuestra identidad”, no “mi identidad”. Para el nacionalista la identidad individual no existe, la única identidad es la del “pueblo vasco” y ahí sí, el euskara es la esencia de la identidad de los vascos.

Para el nacionalista la terna formada por pueblo, nación e idioma es lo que, de forma indiscutible, exige por derecho un Estado propio.

Un pueblo con idioma propio es una nación, y una nación quiere un Estado como una familia quiere una casa, igual de natural. Y si hay un pueblo que tenga idioma propio es el pueblo vasco.

Si le dices que la unión entre idioma, nación y Estado no es tan simple, te mirará con mala cara. Yo le pregunto: ¿Sabes cuántos idiomas diferentes se hablaban en Europa a comienzos del siglo XIX? *Pues no sé, pero súmale a los Estados actuales las naciones sin Estado y por ahí andará la cosa,* responderá, recalcando "naciones sin Estado"; un concepto que gusta mucho entre los vascos.

Y te costará mucho explicarle que se equivoca por mucho, que se hablaban más de 300 idiomas. Que en Francia, antes de la revolución, solo el 30 por ciento de los franceses hablaban francés. *Menudo ejemplo me pones,* te dirá, l*a Francia jacobina, la Francia centralista. Todavía no reconoce como lengua oficial el euskara que se habla en Lapurdi, Behenafarroa y Zuberoa. Francia es el peor ejemplo para todo*. Vale, dejamos aparte Francia, pero deberías saber que los Estados nacionales, nacionalistas, han sido los que han reducido de forma drástica el número de idiomas en Europa. En los nuevos Estados nacionales que se formaron en Europa a finales del XIX y el primer tercio del XX, por cada idioma nacional que hacían oficial desaparecían otros 10 idiomas. Todos los Estados nacionalistas que se crearon con el derecho de autodeterminación de Wilson, después de la Primera Guerra Mundial, han resultado tan jacobinos como Francia.

En los últimos años del siglo XIX y las primeras décadas del XX se produjo un gran salto de progreso y modernización, pero fue necesario crear grandes masas de población que hablaran el mismo

idioma y se entendieran entre ellos. Sin esa unificación de idiomas, las pequeñas comunidades agrarias habrían seguido sumidas en la pobreza y el subdesarrollo. La unificación de idiomas fue un elemento fundamental de progreso en Europa, y paradójicamente fueron los nuevos Estados nacionalistas los que la llevaron adelante*. No es verdad lo que dices. En esa época, desde Rusia hasta Francia, Italia y Grecia solo había dos grandes imperios, y, ¿cuál era el idioma que utilizaban? el alemán, solo el alemán. Menos mal que cuando las nuevas naciones se hicieron independientes revindicaron sus idiomas nacionales*. Es inútil recordarle que toda Centroeuropa era un mosaico de lenguas que se superponían, que en Praga se hablaba indistintamente alemán, checo o yiddish.

*Vale, en cualquier caso, lo pasado, pasado está, pero ahora, si queremos ser demócratas, tenemos que defender nuestro patrimonio cultural*. Eso de unir siempre la palabra democracia a sus posiciones es muy nacionalista. Y un arma letal; si no estás de acuerdo con él, automáticamente, dejas de ser demócrata. *Tener diversos idiomas es una riqueza cultural que debemos defender.* Y a esta afirmación se le une con entusiasmo el progresista: *Yo también defiendo la riqueza cultural; el catalán o el euskara aportan una riqueza que debemos defender todos los españoles.* Yo les miro a ambos y me quedo pensando. No sé yo si eso de tener muchos idiomas es una riqueza o una carga. Y me acuerdo de una pintada de hace muchos años que decía “Ser vasco es muy cansino”. Y es verdad, ser vasco es muy cansino, requiere mucho esfuerzo. Tienes que andar todo el rato defendiéndote, defendiendo que eres una nación, defendiendo el euskara. Y, de repente, les pregunto a los

dos, al nacionalista y al *progre*: ¿Por qué es una riqueza cultural tener dos idiomas? Tener unas buenas universidades, una enseñanza de calidad, sí que me parecen riqueza cultural, pero, ¿por qué tener dos idiomas es riqueza cultural? Bueno, si el segundo fuera el inglés, aún. En Indonesia tienen más de trescientas lenguas, algunas tan minoritarias que las hablan menos de mil personas, ¿es eso una riqueza o una costosa rémora para el desarrollo humano? ¿Cómo escolarizar a toda la población respetando esa "riqueza"?

Solo la pregunta les parece un insulto a ambos. *"Por favor, qué cosas dices"* responden al unísono. Yo les recuerdo el mito de la torre de Babel. Y les digo que, para la Biblia, la diversidad de idiomas no era una riqueza cultural, sino un castigo de Dios para confundir a los hombres por sus pecados. Tal vez si los vascos no tuviéramos que hacer tanto esfuerzo en recuperar el euskara, en enseñárselo a la mayoría que no lo sabe, con miles de profesores que tienen que dar clase en un idioma que malconocen; tal vez con ese esfuerzo podríamos tener una enseñanza de más calidad, o una población que supiera inglés para competir en el mundo global, tal vez tendríamos más riqueza cultural.

*O sea, que estás diciendo que tú estás en contra del euskara, ¿no?* Me dicen con enfado. No estoy diciendo eso, yo no estoy en contra del euskara, yo defiendo su uso y fomento, pero lo hago porque defiendo la libertad, no porque me parezca una gran riqueza cultural. Ahora sí que no me entienden nada. Y hago un esfuerzo en explicarme, aunque sin gran esperanza. La libertad es la posibilidad de elegir entre cosas diferentes, es la opción de definir yo mismo mi modelo de vida, mis preferencias ideológicas. La diversidad y la

pluralidad en el mundo moderno son requisito y resultado de la libertad, sin eso seríamos robots uniformados que caminan como los niños de *The Wall* de Pink Floyd. Muñecos inhumanos sin alma.

Pero la pluralidad genera muchos problemas, no es cosa sencilla. Sin embargo, eso es la democracia: la gestión imperfecta de la diversidad y el pluralismo. La garantía de que las personas puedan ser independientes y autónomas. No es sencillo, porque la naturaleza humana es contumaz y permanente; cada uno quiere ser lo que quiere ser, muchas veces en contra de los intereses de los otros.

Tener un idioma minoritario no es ningún chollo para celebrar de forma festiva, requiere de esfuerzos extras. Pero yo defiendo su existencia porque defiendo la libertad primigenia de las personas, a ellas corresponde decidir qué hacer. Ninguna Administración puede determinar que una lengua minoritaria debe morir, por muy racional que sea, pero tampoco puede decidir que su uso sea obligatorio para todos.

Cuando el nacionalista y el progresista dicen que el euskara o el catalán son una riqueza que hay que preservar están concediendo a esta idea un valor moral, están imponiendo a los ciudadanos un deber, están diciendo a los vascos y catalanes: tenéis la obligación de defenderlo, es vuestra responsabilidad. Ya no hay discusión, estamos obligados a preservar y fomentar el euskara y el catalán, no tenemos elección, salvo que traicionemos nuestro deber y responsabilidad. Lo que nos plantea lo políticamente correcto es elegir entre el binomio de responsabilidad o traición, defender el euskara o traicionarlo. Yo prefiero la libertad, la libertad de hablarlo y fomentarlo o no hablarlo. Defiendo la libertad lingüística que deja en

manos del hablante su elección. La Administración debe garantizar que un ciudadano que quiera hablar euskara o catalán pueda hacerlo, pero de igual manera debería amparar al ciudadano que opta por no hablar euskara o catalán y decide estudiar inglés, por ejemplo.

La pervivencia de los idiomas debe garantizarse por la decisión libre de los hablantes, no por los decretos de los boletines oficiales. *Filosofía barata,* me contesta el nacionalista. *Lo único cierto es que el euskara sigue discriminado, que no tiene las mismas opciones que el castellano*. No se da cuenta de que la función esencial de los idiomas es comunicar: por eso no es igual una lengua en la que se comunican millones de personas a otra que solo comparten miles, como tampoco son comparables una autopista y un sendero. Son iguales en capacidad para expresar el alma humana, pero no para comunicar. Y eso no lo arregla nada ni nadie.

Pero volvamos a nuestra conversación, quiero hablar sobre la enseñanza, mejor dicho, de los idiomas que se utilizan en la enseñanza, y le pregunto: ¿Crees que los vascos tenemos derecho a que nuestros hijos reciban la enseñanza en su idioma materno? *Por supuesto, te acuerdas cuánto tuvimos que luchar contra el franquismo para que nuestros hijos pudieran estudiar en euskara? ¿Te acuerdas cuánto nos costó montar las primeras ikastolas, con el esfuerzo de miles de padres y profesores? ¿Y cuál era nuestro argumento? "Los niños tienen derecho a escolarizarse en la lengua materna, en la nuestra".* Y luego se queda pensando, un poco receloso.

Hombre, no sé yo, no lo tengo tan claro. Casi toda la humanidad ha accedido al conocimiento en un idioma no materno. Hasta el siglo

XIX todas las universidades utilizaban el latín, y no parece que fuera tan malo. Pero vale, acepto. Todos los niños tienen derecho a ser escolarizados en su lengua materna. Pero, entonces, ¿me puedes explicar por qué en Cataluña y Euskadi a la mitad, o más, de los niños les obligamos a estudiar en una lengua que no es su lengua materna? Esta pregunta le pilla de sopetón, desprevenido, pero al rato contesta: *No es lo mismo. Mira, el castellano está por todas partes, no lo podemos evitar. El castellano lo aprenden en todas partes, en la calle, en la tele, por todas partes*, insiste. *El euskara y el catalán están en inferioridad de condiciones, es de justicia hacer discriminación positiva para que todos los idiomas tengan las mismas posibilidades.*

Es algo curioso este razonamiento. Los nacionalismos, antes de tener poder y de controlar el sistema educativo o el acceso a la función pública, defendieron con ardor durante el tardofranquismo la teoría de escolarizar a los niños en su lengua materna. Pero desde que accedieron al poder en los territorios se han olvidado de la lengua materna de los niños vascos o catalanes: ahora la obligación es escolarizar en “nuestra lengua”.

Es recurrente entre los nacionalistas la afirmación de que el euskara está discriminado, de que no tiene los mismos derechos que el castellano, y eso no puede ser. Vamos a darle una vuelta a la cosa. Lo primero, le digo, no son los idiomas los que tienen derechos, sino los hablantes. Por lo tanto la pregunta que tenemos que hacernos es la siguiente: ¿Los vascoparlantes, que somos todos bilingües, tenemos más o menos derechos que los ciudadanos vascos que solo hablan castellano? Esa es la única cuestión pertinente, que una lengua resulta marginada cuando sus

hablantes lo son por utilizarla.

Vamos a ver, ¿a qué dedica más dinero el Gobierno vasco, a la cultura producida en euskara o en castellano? Sin dudar, responde: *Normal, a la producida en euskara, tenemos que potenciar la cultura vasca*. ¿Entonces, la cultura producida por ciudadanos vascos en castellano no es vasca? *Bueno, sí, también, pero tenemos que ayudar a lo nuestro, al euskara.*

Me sigue sorprendiendo la reverencia con la que el nacionalismo pronuncia “cultura vasca”. En general “cultura vasca” se refiere a la producida en euskara más elementos del folclore. Pero para el nacionalista no es solo una cultura producida en euskara, es algo más, es una cultura propia diferente del resto. Vamos a ver, ¿en qué se diferencia la cultura vasca de la española?, le pregunto*. Hombre,* me responde, *la cultura vasca es la nuestra, y la española, de los españoles; no tienen nada que ver.* Sí, pero en qué se diferencian, insisto. Por ejemplo, el primer libro publicado en euskara (*Lingua vasconum primitiae*, de 1545), ¿en qué se distingue de otros libros que se editaron con anterioridad en toda Europa? *Tú mismo lo has dicho, es el primer libro publicado en euskara*.

¿Que un libro esté en un idioma u otro hace que la cultura sea diferente? Si yo leo a Camus en francés o en español, ¿cambio de cultura al cambiar de idioma o sigue siendo el mismo Camus? Es difícil definir qué es cultura vasca, pero no hay ninguna duda de su existencia*. La cultura vasca es nuestra cultura*, te dirá. Ya, es la nuestra, pero, ¿eso qué es? ¿Los ejercicios espirituales de san Ignacio o los libros de Unamuno y Baroja, qué son, son cultura vasca? Y no sabe qué responder porque estas obras no encajan con lo que considera “cultura vasca”, pero se le hace duro contestar

que no. Me parece que lo que mejor define la “cultura vasca” es la producción —incluida la producción en castellano— con carácter nacionalista. Seguramente, si vamos a la feria del libro vasco de Durango que se celebra todos los años, nos encontraremos con libros en euskara y en castellano, estos últimos con “un toque” nacionalista.

En la actualidad tenemos dos debates abiertos sobre el uso del euskara entre los vascos; el primero es su uso en la Administración, y el segundo es lo que han denominado como “derecho a vivir en euskara”. El uso del euskara en la Administración pública es especialmente sensible porque impide el acceso a la función pública a la mayoría de la población y, al mismo tiempo, genera una reserva privilegiada de las plazas para los ciudadanos vascos, que son los únicos que pueden acceder efectivamente a ellas. Mientras que, por el contrario, los ciudadanos vascos sí tienen acceso a las plazas o puestos de trabajo del resto de España, sin reserva ninguna para los habitantes respectivos. Durante los días que escribo estas páginas, Sanidad ha convocado una oferta de empleo público de 1.500 plazas y en 48 horas se han apuntado más de 30.000 vascos (seguramente ni un solo español no vasco). Al final han sido 80.000 los opositores. Pero, aparte de estos 80.000, hay muchos más que quisieran presentarse, pero por el tema del euskara ni siquiera lo intentan.

¿Tú crees que a los funcionarios hay que exigirles saber euskara?, le pregunto. *Hombre, sin duda. Los vascos tenemos derecho a que la Administración nos atienda en nuestra lengua, en euskara.* Pues sí, en eso tienes razón, las administraciones públicas vascas tienen la obligación de atender al ciudadano en euskara, si

así lo pide el particular. Eso es una cosa y otra muy diferente es exigir a todos los funcionarios que sepan euskara. Por ejemplo, ¿te parece que es lógico pedir euskara al anestesista? A mí me han anestesiado dos veces, en ninguna de las dos ocasiones el anestesista habló conmigo. *Bueno, tal vez haya casos extremos, pero, ¿por qué no podemos pedir a los médicos que sepan euskara?* En toda tu vida, sumando todas las conversaciones, ¿cuántas horas crees que has podido hablar con un médico? Porque en mi caso no me salen muchas horas, no creo que por eso cambie el uso del euskara entre los ciudadanos. Tú sabes, añado, que en Euskadi cada ciudadano tiene derecho a solicitar cambio de médico. ¿Cuántas personas crees que piden cambiar de médico por razones lingüísticas? La inmensa mayoría se debe a razones que consideran médicas. Normalmente porque piensan que otro médico les atendería mejor. *Me parece normal, la salud es lo primero. Pero si a todos les exigiéramos saber euskara y castellano eso no pasaría.*

Le planteo el problema desde otro punto de vista. Mira, ¿tú crees que los que hablamos euskara somos más tontos que los que solo hablan castellano? *Ya estás con tus tonterías,* me dice, *pues claro que no.* Estoy de acuerdo, le digo al nacionalista, es más, creo que la gente que habla euskara, especialmente los jóvenes, pertenecen a una media social algo mayor que el conjunto. Pero, pongamos que no somos más tontos. Si a la hora de convocar las oposiciones para las plazas públicas no se tuviera en cuenta el euskara para nada, ¿no te parece que los porcentajes de los que hablen euskara y de los que no serían las mismas que en el conjunto de la sociedad vasca? ¿Si los que hablamos euskara somos un 33 por ciento de la

población, por qué crees que tenemos derecho a solicitar el 100 por cien de los puestos públicos para nosotros*? Estás mintiendo, eso no es así. No se exige euskara obligatorio en todos los puestos*. Ya, pero en todos se dan puntos. En una oposición, en la que presentaron 16.000 personas, solo el 33 por ciento sabían euskara. Luego resultó que el 96 por ciento de los que ganaron lo sabían, es decir, el 33 por ciento se quedó con el 96 por ciento de los puestos. Es lo que pasa si valoras el euskara más que dos másters.

El nacionalista tiende a definir y exigir el derecho al uso del euskara como un valor absoluto, sin ninguna restricción y regulación. Respecto al resto de derechos igualmente reconocidos, podemos asumir que, para que sea efectivo, necesita de una regulación material. Por ejemplo, ¿tengo derecho a que me atienda un médico? Sí. ¿Tengo derecho a que me atienda el médico que quiera en el momento que quiera y en el sitio que quiera? No. Tengo que llamar y pedir cita, y me atenderá el médico que me asignen, cuando esté disponible. Estas restricciones materiales parecen de sentido común, pero para el nacionalista son imposiciones si afectan al derecho al uso del euskara. Por ejemplo, le digo. Tal vez no hace falta que todos hablen euskara. Tal vez, si quieres hablar euskara, puedes solicitarlo para que te atienda otro funcionario que sepa, aunque tengas que esperar un poco. *Pues no. ¿Por qué tengo que esperar para hablar en euskara? Tengo derecho a que me hablen todos en euskara*. Pues no, no tienes derecho a eso, tienes derecho a que alguien de la Administración te atienda en euskara, pero no todos. Y para que te atiendan en castellano también tienes que pedir cita, coger número y esperar tu turno. Esto le parece normal, pero cualquier restricción organizativa con el euskara le parece una

imposición. Y no solo se regulan los derechos, sino que un derecho más otro derecho no dan siempre como resultado dos derechos igualmente absolutos. Dado que algunos derechos son contrarios entre sí, lo que hacemos en la realidad es priorizarlos, dar más valor a unos que otros, buscar el equilibrio entre ellos. Es posible que el ciudadano que solicita cambiar de médico prefiera que, además de ser amable y buen médico, sepa también euskara, pero le da más valor al aspecto profesional que al conocimiento lingüístico. Del mismo modo que, junto al derecho del paciente a ser atendido en euskara también está el derecho de todos los ciudadanos a acceder a la función pública en concurrencia abierta sin discriminación por razón de idioma. Por cierto, le recuerdo: ¿Sabes qué pone en nuestro Estatuto? Que nadie podrá ser discriminado por razón de lengua. ¿Cómo casas tú esto con obligar a todos los funcionarios a saber euskara, es decir, impedir que la mayoría de la población vasca y el resto de la española accedan a los puestos públicos?

Pero en realidad ya no se trata de reconocer el derecho a atender en euskara a todos los ciudadanos, es otra cosa. Y le pregunto, de repente; ¿Tú cuantas solicitudes has presentado en euskara en tu ayuntamiento*? Eso no viene a cuento. No importa que yo presente mis papeles en euskara o en castellano. Tengo derecho a presentarlos en euskara.* Hombre, pero será un dato a tener en cuenta ¿no? En el ayuntamiento donde he trabajado muchos años no creo que las solicitudes presentadas en euskara alcancen el 2 por ciento. Pero no se trata de atender al ciudadano, se trata de “euskaldunizar la Administración”. Se trata de que ninguna persona que no sepa euskara pueda acceder a los golosos puestos públicos de las administraciones vascas.

A este paso, dentro de una década, cuando se jubilen las primeras generaciones que accedieron a la Administración en los años ochenta, toda la Administración pública vasca estará en manos del 33 por ciento de la población que habla euskara. Algo raro para los que defendemos la igualdad de oportunidades para todos y la no discriminación por razón de lengua, ¿no te parece?

Como mencionábamos antes, otro lema popular que arguyen los nacionalistas es “Tengo derecho a vivir en euskara”. Un nuevo derecho que ha surgido en los últimos años. ¿Y quién te prohíbe vivir en euskara?, le pregunto. *Pues los que no hablan euskara, todos los que hablan castellano*, responde. El que habla castellano tendrá el mismo derecho que tú a vivir en castellano, ¿o no? Si te juntas con otra persona es necesario pactar el idioma entre los dos, al menos si queréis hablar. La comunicación no depende de uno solo, depende de los que participan. Los que hablan castellano tienen el mismo derecho a hablar en su idioma que tú en euskara*. El mismo derecho no, tienen más. Porque si me junto con personas que solo hablan castellano me obligan a mí a hablar en el mismo idioma y me tengo que aguantar*. Y la solución, según tú, es que todos los que no saben euskara tengan que aprenderlo, para que tú puedas vivir en euskara. *Pues sí, al menos si quieren vivir en Euskadi, aquí el euskara es nuestro idioma y tenemos derecho a vivir en nuestro idioma.*

¿Entonces, en qué quedamos? ¿Quién tiene más derechos, más oportunidades; el artista que produce en euskara o el que produce en castellano? ¿El opositor a un puesto público que habla euskara o el que no lo habla? ¿La comunidad de hablantes de euskara o la que solo habla castellano? *Ya estás otra vez con tu filosofía,* me

contesta. *Digas lo que digas, el euskara está discriminado, tiene menos derechos que el castellano, solo con mala fe no lo puedes aceptar*.

CAPÍTULO 4

# LA CONSTRUCCIÓN NACIONAL

La construcción nacional es como un oxímoron; somos una nación, pero para serlo la tenemos que construir. Un poco raro, ¿no? Si ya somos nación, ¿para qué la tenemos que construir? Sin embargo, esto de la construcción nacional es sustancial en las políticas nacionalistas. Es su guía, su hoja de ruta para todo.

Discutir de la nación con un nacionalista es tan complicado como hablar de Dios con un creyente: ambos tienen interiorizada su existencia de forma natural e incontrovertible. Por ello, si le pregunto al nacionalista qué es la nación, la pregunta misma le sorprende porque nunca ha tenido la necesidad de planteárselo. *Menuda pregunta me haces, la nación es. Nosotros somos nación. ¿Por qué no les haces esa pregunta a los españoles? Ellos también dicen que son nación. A ver, ¿qué pone en el DNI? "Documento Nacional de Identidad". El mundo está formado por naciones, solo que a algunos no nos dejan tener Estado propio y por eso estamos obligados a pertenecer a una nación que no es la nuestra; somos naciones sin Estado".* A un nacionalista le resulta imposible imaginar una organización social y política sin las naciones. Todos pertenecemos a alguna nación, solo que unos tienen Estado propio y a otros no les dejan; como a nosotros, los vascos.

Yo estoy en contra del nacionalismo vasco, en igual medida que

del nacionalismo español. Creo que el Estado nacionalista es una forma de organización política que debemos superar. Me parece que la solidaridad entre personas no se debe fundamentar en la identidad común sino en la solidaridad ciudadana que garantice la libertad común. El nacionalista no es que no me crea, es que es incapaz de entenderlo. *De toda esa parrafada, la única verdad es que estás en contra del nacionalismo vasco. El resto es para ocultar que, en realidad, apoyas el nacionalismo español*, responde.

Yo intento explicarle que la nación política es un invento reciente que no llega a 200 años. *Pero hombre, lo que hay que oír, ¿cuántas veces aparece* nación vizcaína *en textos del siglo XVI o XVII? Es verdad que dice* vizcaíno *en vez de* vasco*, porque entonces los españoles nos llamaban así, pero de eso hace bastante más que 200 años, ¿no?* Es verdad, le contesto, "nación" se utilizaba para denominar una comunidad religiosa como "nación judía" o "nación musulmana", o una de origen. En las universidades españolas los estudiantes se organizaban por "naciones": gallegos, castellanos, andaluces… eran unas nueve naciones diferentes. Y la nación vizcaína de estudiantes era de las más belicosas. Pero a ninguno de los estudiantes que pertenecían a la "nación vizcaína" se le habría ocurrido pensar que no fuera súbdito del rey de España o que no fuera español. El término "nación" no tenía entonces ninguna connotación política; ni sus integrantes, la pretensión de crear un Estado propio. Se utilizaba la palabra "nación" pero no "nacionalismo", que es la expresión política con la que utilizas tú la palabra "nación". Ya puedes leer todos los libros que quieras, que la palabra "nacionalismo" no aparece hasta pasado el primer tercio del siglo XIX. *Ya*, me responde el nacionalista, *¿qué gritaban los*

*revolucionarios de París cuando cortaron la cabeza de Luis XVI? "Nosotros somos la nación". Si eso no es político, ya me dirás.*

Pues sí, los revolucionarios franceses utilizaban la palabra *nación* con un sentido político republicano, pero no nacionalista. No decían "somos nación", sino "somos la nación". Querían recalcar que la nación eran ellos, todos los franceses, no el rey y los nobles, que hasta entonces tenían el monopolio del poder político, y por ello inventaron un nuevo término: "ciudadanos". La nación revolucionaria estaba formada por todos los ciudadanos franceses, no por los que tuvieran la misma identidad. Me resulta triste que el concepto nacionalista de nación haya anulado el sentido de la nación republicana como la unión de todos los ciudadanos.

Entonces le comento el discurso que Sabino Arana dio el 3 de junio de 1883, en un caserío de Begoña (Bilbao). En él manifestaba que había una patria diferente de la española, y, cuando al final del discurso gritó "Viva Vizcaya independiente", los 17 comensales quedaron consternados.

Antes de esta conferencia, a ningún vasco se le había ocurrido que hubiera una nación vasca o una patria diferente de la española. Yo le pregunto: ¿había o no había nación vasca antes de Sabino Arana? Y, si la había, ¿por qué nadie lo había reivindicado? *Pues claro que había nación vasca antes, ¿o no había* pueblo vasco *antes de Sabino Arana? Porque la existencia del* pueblo vasco *antes de Sabino Arana no me lo negarás, ¿no?* Con el término "pueblo vasco" el nacionalista se siente mucho más seguro. La nación es una cosa más abstracta, pero el pueblo vasco está ahí, delante de los ojos de todo el mundo, eso no se puede negar. *Claro que había patria vasca antes de Sabino Arana, pero no teníamos aún conciencia nacional.*

*Eso es lo que nos enseñó Sabino Arana, eso es lo que difundió entre los vascos el partido nacionalista: la conciencia nacional; porque sin conciencia nacional es como si no existiera la nación.*

Y es aquí cuando descubrimos que Euskadi es una nación, pero que muchos vascos (y vascas, claro) no tienen conciencia nacional, y es en esta conciencia donde se presenta con naturalidad y sentido común "la construcción nacional". Y si no tenemos conciencia nacional no es por nuestra culpa, es porque durante siglos nos han oprimido, no nos han permitido ser vascos de verdad, y hemos ido perdiendo nuestra identidad. El ingeniero de la construcción nacional te dice "En verdad, tú no eres así. Te han mentido, a ti y a tus antepasados. Pero nosotros somos vascos, tenemos nuestra identidad, nuestro idioma, nuestra cultura. Tenemos que volver a ser lo que fuimos antes, a recuperar nuestro idioma perdido en gran parte, a reivindicar nuestra identidad".

Volvemos ahora al "pueblo vasco", la expresión en la que el nacionalista se siente más seguro. Yo le pregunto: ¿Qué es el pueblo vasco? *Qué va ser, nosotros, nosotros somos el pueblo vasco*, me responde con seguridad. Para el nacionalista, pueblo vasco y territorio están inseparablemente unidos. Pero "pueblo vasco" no es exactamente la suma de las personas que vivimos en Euskadi, es algo más profundo, requiere la pertenencia a algo colectivo, donde sale de inmediato la palabra "identidad": *Tenemos nuestra propia identidad*. Yo le replico que la historia nos ha enseñado que nunca ha habido un territorio en el que todas las personas simpatizaran con la misma identidad. Que en todas las sociedades reales hay personas mezcladas con identidades diferentes. Después de las dos guerras mundiales, en todos los

nuevos Estados nacionalistas (Hungría, Checoslovaquia, Polonia, etc.) se hicieron grandes limpiezas étnicas para construir la identidad única en cada país. Yugoslavia no lo hizo en este momento, pero en los ochenta fuimos testigos de la crueldad de su limpieza étnica. Cuando Estonia obtuvo la independencia en el año 2000 le arrebató la ciudadanía a un tercio de la población, convirtiéndoles en apátridas, concepto que no conocíamos desde los cuarenta del siglo pasado.

¿Tú crees que en Euskadi todas las personas tenemos la misma identidad?, le pregunto. *¡Pues claro que no! Hay personas que tienen la identidad española. Pero la nuestra es la identidad del pueblo vasco, y los que quieren tener otra, como la española, tienen que respetar eso. Los vascos tenemos nuestra propia identidad*. Entonces, los que siguen defendiendo la identidad española, ¿no son vascos para ti? *A ver, si viven aquí, son ciudadanos vascos y tienen unos derechos; pero, si no quieren tener la identidad vasca, no son pueblo vasco. Si quieren seguir siendo españoles, es su problema, pero no pueden impedir que nosotros tengamos nuestra identidad.*

¿Tú crees que tu identidad solo la puedes decidir tú y que nadie, ninguna ley, puede hacerla cambiar? *Por supuesto. Mi identidad es mía, es un sentimiento que nadie puede quitarme.* Igual que las creencias, le contesto, nadie puede obligar o impedir a alguien ser católico, protestante o judío. Eso se llama libertad religiosa. ¿No te parece que sería más sencillo si todos reconociéramos que la identidad es cosa de cada uno, algo que nadie puede imponer, y aceptáramos cada decisión individual renunciando a que la sociedad vasca tenga una sola identidad? ¿No te parecería justo que todos

defendiéramos la libertad de identidad?

Le sorprende la analogía, pero responde rápido: *No se pueden comparar. La religión es algo personal, individual; cada uno decide si cree o no. Además, se puede ser católico en Irlanda, en Euskadi o en Moscú. La identidad nacional es otra cosa: los que viven en Mongolia, por ejemplo, pueden ser católicos, pero no pueden tener identidad nacional vasca. La identidad nacional corresponde a una nación, no a una persona individual.*

Entre los nacionalistas está muy arraigada la idea de que no todos los ciudadanos vascos defienden al pueblo vasco. Son solo ellos, los nacionalistas, quienes lo hacen. ¿Tú crees que los cargos del PP vasco no representan al pueblo vasco?, le pregunto. *A ver, los parlamentarios vascos del PP representan a los que les han votado, pero ellos representan al nacionalismo español, no al pueblo vasco,* responde.

Entonces me acuerdo de que en el proyecto de nuevo Estatuto del lehendakari Ibarretxe se definían dos tipos de vascos: a) los ciudadanos vascos y b) los nacionales vascos. Y fue Arzalluz, presidente del PNV, el que de forma más expeditiva resolvió el problema: “Los que quieran ser españoles pueden serlo y tendrán sus derechos. Nosotros no hacemos limpiezas étnicas y cosas así, pero serán como los alemanes en Mallorca”[4].

En la actualidad, se está creando una frontera que divide en dos grupos a los ciudadanos vascos: los que quieren tener identidad nacional vasca y los que no. Y lo están consiguiendo con pasmosa naturalidad. Los que rechazan la identidad nacional vasca son libres de hacerlo, pero el “pueblo vasco” tiene derecho a decidir su propio futuro. El resto somos gente alienada, personas incapaces de

asumir la conciencia nacional que nos toca. Cuantos más seamos los que no tenemos conciencia nacional, más necesaria será la construcción nacional. Y entonces, los nacionalistas cogen un Estatuto, crean un Gobierno y miles de funcionarios y militantes se ponen a construir Euskadi, y a convertir en vascos verdaderos a los que habían olvidado que lo eran.

CAPÍTULO 5

# LA DEMOCRACIA

Es difícil hablar sobre democracia con un nacionalista; la conversación siempre está trufada de peticiones de principio, de malentendidos y de proclamas infantiles. Si tú le preguntas a un nacionalista qué es la democracia, te contestará sin vacilar: *Pues qué va a ser, que el pueblo decida su futuro*. Esta forma infantil de entender la democracia ha hecho fortuna entre nosotros, y no solo entre nacionalistas, sino que se han unido con entusiasmo progresías varias. *Democracia quiere decir que el pueblo es soberano para decidir cualquier cosa*, añadirá el *progre*. En principio, el nacionalista y el *progre* utilizan la palabra "pueblo" con dos acepciones diferentes, pero no es raro que se confundan y terminen diciendo lo mismo. Porque, en el fondo, ambos incurren en el mismo error, el de creer que "el pueblo" es una entidad real existente, cuando en el fondo el pueblo es un ente "inencontrable" o "inexistente", es una pura invocación política retórica.

Yo les digo que no me parece tan sencillo eso de decidirlo todo. Para empezar, ¿quién puede votar? *Pues todos, todos tenemos derecho a votar*. Responden a la vez. Hombre, todos, no sé. Nos costó mucho conquistar el sufragio universal y, aun así, todavía tuvimos que esperar hasta el año 1931 para que las mujeres pudieran votar. Durante la Segunda República solo votaban los

mayores de 21 años; ahora, los mayores de 18 años, y los nacionalistas andan pidiendo que puedan votar los mayores de 16. ¿"Todos", qué quiere decir?, pregunto. *Vale. Pues pongamos que "todos" somos los mayores de 18 años.* ¿Y qué hacemos con esa herida democrática de los inmigrantes, que, por muchos años que lleven con nosotros, si no les concedemos la nacionalidad no pueden votar? ¿Te acuerdas cuando decíamos que vascos eran todos los que trabajaban y vivían en Euskadi?, le pregunto al nacionalista. *Sí, pero entonces solo teníamos inmigrantes españoles, lo de ahora es otra cosa,* contesta. Pero la democracia consiste, precisamente, en que el poder escuche a todas las personas a las que afectan sus decisiones, sean de dónde sean.

Entonces, ¿todos podemos votar todo? *Por supuesto,* me dice. ¿Uno de San Sebastián puede votar si hacer o no una calle peatonal en mi pueblo? *Por favor, es de lógica,* responde, *yo no puedo votar las cosas de su pueblo, y ellos no pueden votar las del mío. Es de sentido común.*

O sea, le respondo, que ese "todos" se divide, a su vez, en otros "todos", según qué cosa haya que decidir. *Pues claro, las cosas de mi pueblo se deciden en mi pueblo, las de Vizcaya en Vizcaya, y las de Euskadi, entre todos los vascos*. Los vizcaínos no podemos decidir las cosas que corresponden a Euskadi, eso lo tenemos que hacer entre todos los vascos, según tú. Entonces, por la misma lógica, las cosas de España tenemos que decidirlas entre todos los españoles y las de Europa, entre todos los europeos. *Alto ahí, que yo no he dicho eso*. Y, el nacionalista, que ya ha discutido mucho sobre esto, recita de memoria el artículo 1º del Pacto Internacional de Derechos Civiles y Políticos del año 1976: "Todos los pueblos

tienen el derecho de ‘autodeterminación’. En virtud de este derecho establecen libremente su condición política y proveen asimismo a su desarrollo económico, social y cultural”. Y luego continúa. *Si todos los pueblos son soberanos, Euskadi también es soberana. Tenemos derecho a decidir solos nuestro futuro. No hace falta que los españoles voten nuestras cosas*. ¿Vale, entonces por qué hay diputados nacionalistas vascos votando en el Congreso las cosas del resto de españoles? Le pillo de sorpresa, pero reacciona: *Nosotros no queremos ir al congreso, pero mientras no logremos la independencia tendremos que ir, ¿no?*

Esto de apelar a la legislación internacional, a la ONU, la Unesco o al Tribunal de Derechos Humanos es muy del agrado de los nacionalistas. Es un campo donde se puede mentir con total impunidad, porque casi nadie lo conoce. Lo hacen una y otra vez con gran acierto y provecho. A mí me asombra que, de forma paciente, no se intenten desmontar las mentiras sistemáticas que, amparadas en supuesta legislación inventada, siembran los nacionalistas. Yo lo voy a intentar.

Creo que en un mismo párrafo has mezclado tres conceptos diferentes, le digo: “libre determinación, autodeterminación y derecho a decidir”. En primer lugar, el artículo 1º que citas habla de “libre determinación”, no de “autodeterminación”, aunque normalmente siempre haces la misma trampa. Y no son lo mismo. *Pues ya me dirás tú en qué se diferencian. Es lo mismo, pero con dos palabras diferentes.* Pues, la verdad, no son solo dos palabras, sino dos cosas totalmente diferentes. La “libre determinación” se refiere al derecho a participar en las decisiones colectivas en igualdad y la “autodeterminación” constituye el derecho a la

secesión y a la independencia. Y para evitar tergiversaciones, en la conferencia de 1993 se concretó la definición de “libre determinación”. En su artículo 2º repite de forma literal lo recogido en el 1º de 1976, pero añade: “Nada de lo anterior se entenderá en el sentido de que autoriza o fomenta acción alguna encaminada a quebrantar o menoscabar, total o parcialmente, la integridad territorial o la unidad política de Estados soberanos e independientes que se conduzcan de conformidad con el principio de la igualdad de derechos y de la libre determinación de los pueblos y que estén, por tanto, dotados de un Gobierno que represente a la totalidad del pueblo perteneciente al territorio, sin distinción alguna”. Supongo que ahora verás la diferencia; por ejemplo, si los vascos no tuviéramos derecho a elegir diputados al Congreso, entonces sí tendríamos derecho a la secesión, porque estaríamos ante un caso de desigualdad democrática con respecto a los habitantes de otros territorios españoles. Pero si todos tenemos los mismos derechos democráticos no tenemos derecho a la secesión, al menos, según los acuerdos internacionales. Ya ves, por mucho que te enfades, en ellos no vas a encontrar la razón para reclamar la independencia.

Pero volvamos a la democracia: tú dices que somos un pueblo y que por eso somos soberanos, ¿te parece bien que, en el caso hipotético de una independencia, Álava decidiera separarse de Euskadi y unirse a España? *Pero ¿no ves que no es lo mismo?* me contesta. *Álava no es un pueblo diferente de Euskadi, somos el mismo pueblo vasco, es como si me pidieras que un pie caminara para un lado y el otro para otro, o como si me arrancaras un brazo. Un pueblo no se puede trocear de cualquier manera.* Las metáforas

antropomorfas para explicar el concepto de “pueblo” son muy del gusto nacionalista. Vale, somos un solo pueblo, pero dime, ¿eso de que somos un solo pueblo cuándo se ha votado, quién lo ha decidido? *Mira, no se puede votar si tú eres una persona o un pez. Tú eres una persona. Pues un pueblo, lo mismo: se es o no se es.* Pero yo insisto: ¿Pero quién ha decidido, cuándo hemos votado que los vascos somos un pueblo? *Aquí sí que te he pillado,* me responde con alegría el nacionalista; *primero, no hay que votar para saber si somos o no un pueblo, ahí tienes nuestra historia, nuestra cultura, el euskara, etc. Y, segundo, no nos dejáis votar. Mira que llevamos años pidiendo decidir nuestro futuro, y vosotros nada, vosotros cogéis vuestra Constitución sagrada y nos decís que no, que no puede ser.* Pero es que, si somos demócratas de verdad, para decidir por votación si el pueblo vasco es distinto o solo una parte del español, ¿cómo lo haríamos?, ¿quién votaría? Porque el resultado varía si votan todos los españoles o solo los vascos, pero resulta que esa decisión acerca de quiénes votan, que es la esencial, no se puede tomar por votación. Pero imagina que acepto tu apuesta y te propongo un referéndum para preguntar a los vascos si existe un “pueblo vasco soberano”. ¿Aceptarías el resultado? ¿Reconoceríais, si perdéis, que no existe “pueblo vasco soberano”? *Pero si eso no es lo que hay que preguntar, lo que hay que preguntar es si queremos independencia o no. Y, mira, pues si perdemos, acepto el resultado. Seguiremos trabajando en la construcción nacional para aumentar la conciencia nacional de los que han votado que no. Y, ahora, dime tú, ¿si ganamos el referéndum por la independencia aceptarías el resultado?*

Muy inteligente por tu parte, dices que tenemos derecho a la

independencia porque somos pueblo vasco, pero te niegas a votar si somos pueblo vasco o no. Bueno, ahora has modernizado el lenguaje y dices que tenemos derecho porque somos “sujeto político”. ¿Qué es eso de sujeto político, y cuándo hemos votado que somos eso?

Y, además, ¿quién ha decidido qué personas tienen derecho a votar? Porque entre nosotros no es nada fácil. ¿Quiénes formamos tu “sujeto político”?, ¿los tres territorios de la comunidad autónoma, los tres más Navarra o hay que añadir también los tres territorios franceses? ¿Cómo votamos quién tiene que votar?

Para un nacionalista hay cosas que “son” y otras cosas que hay que “decidir”. “Somos una nación”, “el pueblo vasco es soberano”, “tenemos identidad nacional”, “tenemos derecho a decidir”. Todas estas cosas “son”. No se pueden decidir, ya existen. Puede que la mayoría de la ciudadanía no esté de acuerdo, pero es igual; las cosas que son, son independientemente de que otros las vean o no. Si la mayoría no está de acuerdo es porque aún no tienen suficiente conciencia nacional, pero eso se arregla con más construcción nacional*. Es que son siglos de opresión del Estado, muchos años que nos han prohibido ser vascos. Eso no se arregla de un día para otro,* te dirá.

El nacionalista combina a la perfección esta ausencia de mayoría ciudadana con la “mayoría política” como única norma de la democracia. Si no tiene mayoría ciudadana te dirá que tiene derecho a reivindicar sus ideas, porque en democracia se puede defender cualquier cosa siempre que no se recurra a la violencia. Por otra parte, si logra la mayoría ciudadana, dirá que ya está, que han ganado, que según la democracia tienen derecho a imponer sus

ideas porque tienen más votos. Es muy difícil hacerle entender que tanto la primera afirmación como la segunda atentan en sus fundamentos contra la democracia liberal (de paso, en la realidad histórica no se conoce otra forma de democracia si nos tomamos su concepto en serio).

O sea, le digo, que tú piensas que en democracia podemos votar cualquier cosa. *Si no podemos votar entre todos cualquier cosa, ¿entonces para qué queremos la democracia? Eso es la democracia, ¿no? votar todas las cosas y aceptar la mayoría*. Pues yo pienso, por el contrario, que la libertad que garantiza la democracia es no poder votar bastantes cosas, es más, cuantas más cosas no se puedan votar mayor es la libertad de los ciudadanos. *Tú te has vuelto loco,* me dice, *¿cómo va a ser libertad no poder votar? ¿Y, además, dónde están esas cosas que no se pueden votar?* En la Constitución, respondo. *Ya estamos con la dictadura constitucional. Como ya no está Franco, la Constitución ocupa su lugar.*

¿Tú crees que se puede votar entre todos la religión de cada uno o la orientación sexual? *Hombre, eso es diferente, son cosas personales. Las cosas personales son de cada uno y nadie puede votar por otro.* ¿Y a ti te parece que hay algo más personal que la libertad?, le digo. Porque, digas lo que digas, la libertad solo se puede materializar en cada persona. Los montes, los ríos y los pueblos no saben lo que es la libertad, los que disfrutan de la libertad o sufren las consecuencias de su ausencia son siempre las personas. Bien, continúo, ¿te parece que podemos hacer un referéndum para decidir si queremos quitar el derecho al voto a las mujeres, o a los negros o a los pobres? ¿Crees que se puede hacer

un referéndum para decidir si expulsamos a las personas de la comunidad gitana de España, como hicimos con los judíos en 1492? *Tú siempre vas a los casos extremos. Claro que eso no se puede hacer, son derechos que no se pueden tocar,* me dice. Bien, ¿crees que la mitad más uno de los parlamentarios pueden decidir expulsar del Parlamento a la oposición? ¿Tú crees que podemos votar que la policía pueda encarcelar a las personas sin orden judicial, o prohibir la libertad de expresión? En las cosas que prohibimos hacer a las mayorías y al Estado crece la libertad de las personas. Todas ellas son los "valores constitucionales" que tú tanto menosprecias y que garantizan la libertad de todos. Tendrás que aceptar que no todo se puede votar y que tener más votos no es suficiente para imponer a la minoría los criterios de la mayoría. Porque defender los derechos de la minoría es, precisamente, uno de los "valores constitucionales".

Libertad es que nadie pueda decidir por mí cómo organizar mi vida, qué religión quiero profesar, cuál es mi ideología o mi identidad. *Pues si tú quieres tu libertad, yo también quiero la mía, el Estado no puede decidir mi identidad, eso es solo mío. Ya ves, nos obligan a ser españoles, queramos o no. ¿Qué pone en el DNI? Documento Nacional de Identidad. No nos queréis dejar tener nuestro documento de identidad vasco.* El nacionalista siempre identifica el Estado con la identidad. Si le pregunto qué es el Estado, dirá de carrerilla: *El Estado es la estructura político-jurídica de un pueblo. A nosotros, los vascos, no nos dejan tenerlo, y por eso somos "una nación sin Estado".*

Yo le digo que no, que eso es una concepción nacionalista del Estado. Un concepto del pasado que debemos superar y que ha

provocado violencia y guerra. Lo que legitima un Estado no es la identidad común, que es imposible que exista en ninguna sociedad, es el pacto social que reconoce a todas las personas iguales independientemente de su origen, religión, riqueza o identidad. La base fundamental de un Estado democrático es la ciudadanía; para ser ciudadano no importa la ideología, la identidad o el dinero. Por definición todos somos ciudadanos, a todos nos compete por igual el pacto que construye el Estado. El Estado democrático defiende la igualdad de todos, lo común que es la libertad, y no basa su fundación en la identidad de nadie. Por eso, yo estoy de acuerdo contigo, a mí tampoco me gusta el DNI, preferiría que pusiera "documento de ciudadanía".

La solidaridad ciudadana no se basa en la identidad común, sino en la igualdad de derechos y libertades; eso es lo que nos hace ser miembros de una misma sociedad.

Cuando pasamos de democracia a democracia española, surge en el nacionalista una especie de desprecio automático. Si cree que en España tenemos democracia, me responderá: *Bueno, dictadura no es, pero democracia completa, tampoco. El Estado español es una democracia de baja calidad*. Y me acuerdo de cuando la izquierda definía con desprecio la democracia burguesa como "formal", porque no quería asumir la democracia representativa. Hoy, esa moda de definir la democracia española como "de baja calidad" ha encontrado múltiples defensores en la nueva progresía que enfrenta a la democracia que tenemos con la democracia verdadera, con la democracia de la gente; los más leídos añadirán "democracia deliberativa". Pero en el fondo de estas nuevas concepciones subyace un rechazo de la democracia real.

Vale, le digo, nuestra democracia es de baja calidad. ¿Cómo medimos eso? Dime una democracia que sea de mayor calidad. Responde rápido: *Suiza. Suiza es de mayor calidad. Mira, si no: Anna Gabriel ha ido allí y ha dicho que Suiza no reconoce delitos políticos.* Hombre, no sé yo qué decirte. Cuando entre varios cantones formaron una liga entre sí, la Confederación les declaró la guerra. ¿A ti te parece que si mañana un cantón suizo declara la independencia dirán que no es un delito político? ¿Crees que se conformarían con llamar al juzgado a unos cuantos dirigentes? Yo pienso que la respuesta sería mucho más contundente. Pero, de verdad, dime un país en el que los ciudadanos tengan mayor libertad que en España. Duda un rato, y al final dice: *Francia. Francia siempre ha sido el país de la libertad.* No sé yo. Cuando en 1871 el ejército de Thiers asesinó a 30.000 comuneros en París no creo que hubiera mucha libertad. Pero volvamos a la actualidad. ¿En qué aspectos un ciudadano francés es más libre que un español? ¿Qué puede hacer un francés que tengamos prohibido nosotros? Porque, cuando fueron atacados por el terrorismo yihadista, el Gobierno francés suspendió los derechos constitucionales e impuso un estado de excepción. A ningún presidente de España se le habría ocurrido una barbaridad democrática así.

Da igual que intentemos razonar, la opinión de que España es una democracia de segunda está muy extendida, y no solo, ni principalmente, entre los nacionalistas. Además, si no encuentra argumentos para justificar lo de baja calidad, siempre recurrirá a otro tópico: *Tú puedes decir lo que quieras, pero todos sabemos que la democracia española estuvo condicionada por los poderes*

*franquistas*. Pues claro, todas las democracias surgen condicionadas, la polaca por los comunistas, la chilena y la argentina por los militares. El problema es saber si, a pesar de ello, logran desarrollar plenamente los derechos y las libertades democráticas.

CAPÍTULO 6

# EL DERECHO A DECIDIR

El derecho a decidir es muy reciente en el prontuario nacionalista, pero ha adquirido gran renombre. Para el nacionalista es, a la vez, lanza afilada y muralla defensiva. En su versión de ataque te lo arroja diciendo que eres un antidemócrata, un demófobo. En su versión defensiva, se pondrá victimista y te dirá una y otra vez que por qué no le dejas votar, que tu Constitución es, en realidad, una dictadura de las leyes, y que las leyes deben estar al servicio de las personas, y no al revés.

Aunque le fallen todos los demás argumentos, con esto del "derecho a decidir" siempre se siente seguro, infalible. *Dime, por qué me prohíbes votar. ¿No eres demócrata, tú?* te repetirá incansable. Nadie sabe con exactitud qué quiere decir, pero suena muy bien, y, sobre todo, ha logrado recoger con red barredera innumerables incautos, especialmente entre la progresía más moderna que, a falta de argumentos, ha caído rendida en sus brazos. *Si la democracia significa que el pueblo vote, ¿cómo lo podemos prohibir?* Simularán, eso sí, distanciarse del planteamiento nacionalista del "derecho a decidir" puntualizando: *pero que quede claro que nosotros estamos en contra de la independencia.* Por todo ello, es muy difícil iniciar, siquiera, un debate sobre este tema con el nacionalista.

¿Para ti, qué es el derecho a decidir? Le pregunto de sopetón. *Ya estamos con tus preguntas; el derecho a decidir es el derecho de un pueblo a decidir su futuro,* me contesta de forma mecánica. Hombre, pueblo, pueblo, no sé yo; los que votan no son los pueblos, sino las personas, y a todos nos gusta poder decidir nuestro futuro. *Pues a ti parece que no, que no quieres decidir el futuro de nuestro pueblo; y a los que queremos, no nos dejas.* Ya te he dicho que deciden las personas, no los pueblos. De todas formas, tengo que reconocer la habilidad que tenéis para torcer y tergiversar las palabras. Mira, el "derecho a decidir", en origen, es una reivindicación de las feministas americanas, y se refiere a ese espacio no votable que discutíamos antes. Hay cosas que nadie puede decidir, ni el Estado, ni un referéndum; que atañen a cada persona solamente. Las feministas americanas defendían que la decisión de la maternidad es exclusivamente un derecho de cada mujer y que nadie, ninguna norma o ley podían obligarlas a ser o impedir ser madres. Por ello reivindicaban el derecho al aborto como una decisión personal de cada mujer. Y a eso le llamaron "derecho a decidir", derecho a que nadie pudiera inmiscuirse en sus vidas. Todavía hoy existe en Valencia una organización feminista que se llama Coordinadora Feminista pel Dret a Decidir. Ya ves cómo habéis tergiversado el concepto, de defender la decisión personal de cada mujer como no votable habéis pasado a defender que una mayoría pueda decidir la nacionalidad o la identidad de todos, exactamente lo contrario. *Bueno, eso no lo conocía, pero son dos cosas diferentes y, además, no son contradictorias; si las mujeres pueden decidir su futuro, los pueblos también, que es lo que nosotros defendemos,* me contesta, después de pensar un rato. El recurso de la metáfora antropomorfa

del pueblo siempre es eficaz; no está compuesto por individuos autónomos, diferentes y contradictorios, no, el pueblo es uno, tiene su identidad, tiene su ansia de futuro.

En realidad tu derecho a decidir quiere decir independencia. Tú no quieres que el pueblo “decida”, lo que pretendes es que sea independiente. Para ti la independencia del pueblo vasco es un derecho no negociable, y con lo del “derecho a decidir” tratas de darle un barniz democrático. Porque, vamos a ver, ¿cuál sería la pregunta? No vamos a hacer un referéndum para saber si queremos referéndum, ¿o sí? Bueno, a lo mejor sí. ¿Te acuerdas de la segunda preguntita del lehendakari Ibarretxe para su consulta?, le pregunto al nacionalista. La consulta era para saber si se hacía un referéndum sobre el derecho a decidir. *Podremos preguntar a la gente si quiere votar, ¿no?,* me dice. Hábil maniobra, le contesto, planteas una consulta para saber si quieren hacer referéndum, y al hacerlo ya aplicas de antemano la respuesta positiva, porque la consulta en sí ya es un referéndum.

Pero, en serio, ¿por qué crees que el pueblo vasco tiene derecho a la independencia? *porque tenemos una identidad nacional propia,* responde. ¿Tú crees que con una mayoría de la mitad más uno podéis decidir mi identidad? Porque ya ves, yo también quiero el derecho a decidir mi identidad. *Tú puedes decidir lo que quieras, pero nosotros tenemos derecho a defender la identidad del pueblo vasco*, dice. Pongamos que vosotros decidís que Euskadi tiene una identidad nacional A, y yo decido que a mí esa identidad no me interesa y que lo que me define como sujeto político es la ciudadanía, ¿Qué hacéis conmigo? ¿Me expulsáis del pueblo vasco? ¿A qué nación pertenezco yo? Esta pregunta siempre es

molesta para el nacionalista, porque si responde de verdad, queda al desnudo la pulsión totalitaria del nacionalismo.

El nacionalista tiene muy interiorizado que las personas que no se suman a su identidad nacional no pertenecen al pueblo vasco. ¿Te acuerdas, le digo, cuando Arzalluz dijo en el 94 que los socialistas no eran de aquí?[5]. *Si tú lo dices, será, pero está claro que los socialistas y los del PP no defienden al pueblo vasco aunque vivan aquí.* Entonces yo no soy pueblo vasco. *Eso lo dices tú, yo digo que no defendéis al pueblo vasco.* ¿Entonces, al menos la mitad de los vascos, que no comulgamos con el nacionalismo, de que país somos? *Tú lo dices, sois españoles. Sois españoles que viven en el País Vasco*. Dicho así parece que somos extranjeros en nuestra propia tierra, le contesto. Y es verdad, nosotros no somos personas iguales para el nacionalista. Somos ciudadanos demediados, ciudadanos tolerables, personas susceptibles de conversión, pero hay una frontera invisible que nos separa a unos y otros.

Todo nacionalismo alberga dos pulsiones intrínsecas que le conducen hacia el totalitarismo: la primera es que niega la pluralidad identitaria de la ciudadanía; y la segunda es el desprecio a la legalidad, los objetivos “buenos” tienen prioridad frente a las restricciones legales. Entonces el *progre* acude en su ayuda y me dice con enfado: *O sea, que tú dices que los nacionalistas son totalitarios*. Cuando oye la palabra “totalitario”, el nacionalista, que siempre tiene en la boca la palabra “democracia”, se enfurece en extremo. *¿Pero cómo puedes decir una cosa así?*, grita, *¿Cómo nos llamas totalitarios a nosotros, que siempre hemos luchado contra la dictadura de Franco? El Gobierno vasco permaneció en el exilio durante cuarenta años.*

Vamos por partes, le digo. Primero, oponerse a Franco no convierte a nadie en demócrata. Yo, en la época de la dictadura, conocí a unos cuantos antifranquistas y a casi ningún demócrata. Y, mira, la democracia liberal defiende la libertad de las personas, la posibilidad de que cada uno elija su vida, y también, su identidad. El Estado liberal no tiene como objetivo defender un tipo de persona, una ideología determinada, una religión o una identidad. No es un Estado paternalista que sabe mejor que nadie lo que le conviene a cada uno: el modelo de identidad que le corresponde, la lengua que debe hablar, etc. Su función no es hacer pedagogía paternal sobre un modelo "bueno", sino garantizar que nadie pueda imponerle a otro su forma de pensar. El Estado democrático es el guardián de la pluralidad y de la diversidad, no fomenta la unanimidad ni la homogeneidad, defiende a los diferentes y a los discrepantes. Tú reclamas el Estado independiente para conseguir que todos tengamos la misma identidad, no quieres fomentar la diversidad, sino precisamente anularla. ¿Te acuerdas de los tiempos en los que el comunismo defendía el "hombre nuevo"? Tú quieres hacer lo mismo, quieres coger tu Estado independiente e inculcarnos a todos la conciencia nacional que nos falta. Y eso, digas lo que digas, muy democrático no es. En las sociedades en las que el nacionalismo es hegemónico, como Euskadi y Cataluña, los no nacionalistas somos ciudadanos demediados. *O sea, que el nacionalismo tiene pulsiones totalitarias, según tú. Lo que tenemos que oír…* me dice. Vamos a ver, ¿el objetivo del nacionalismo no es construir un país con una sola identidad? Pues para lograr eso hay que anular el resto de identidades. Y, te pregunto, ¿puede cada persona decidir su identidad o tiene que acatar la que definís los nacionalistas? Eso, te

pongas como te pongas, es negar la libertad individual para definir la propia identidad. Y democrático no es.

*Y ahora me dirás que, como el nacionalismo es totalitario, hay que prohibirlo*. Yo no he afirmado nada semejante. Mira, el sistema democrático permite que existan corrientes antidemocráticas en su seno. Y además, totalitaria es la ideología, no las personas. Si el Estado democrático es fuerte, se respetan las leyes, y él mismo controla la pulsión totalitaria e impide que se haga dominante.

Pero, cuando cualquier fuerza antidemocrática pone en riesgo el sistema democrático mismo, los jueces tienen que actuar. A nosotros nos pasó con ETA y Batasuna. Y se tuvo que ilegalizar Batasuna. En Cataluña se han pasado de la raya con el *Procés*. *Sí, tú siempre lo arreglas con la Guardia Civil*.

Bueno, para terminar, ¿tú tienes derecho a definir y defender tu propia identidad? *Pues claro que los vascos tenemos derecho a defender nuestra identidad*. El nacionalista, de forma mecánica, siempre pasa al plural. Vale. Si tú tienes ese derecho, necesariamente debes reconocer que yo también tengo el de definir mi identidad. ¿Cómo lo arreglamos? ¿Cómo podemos garantizar a la vez tu derecho a decidir y el mío?

El nacionalista no contesta a mi pregunta, y volvemos al tema de la identidad nacional. Le digo que un Estado que se define a sí mismo por una identidad nacional está abocado, necesariamente, en mayor o menor grado, a la limpieza étnica y a la supresión de la pluralidad de identidades. Le recuerdo lo que decía Renan, que la nación se construye sobre la violencia y el olvido, pero él se ha ofendido al oír hablar de la limpieza étnica. *Eso son cosas del pasado*, me dice. Y le recuerdo el caso de Estonia, que, cuando se

hizo independiente, inmediatamente le quitó la ciudadanía a un tercio de su población. Todos los habitantes que no descendían de forma directa de aquellos que residían en Estonia desde 1939 perdieron la nacionalidad y se convirtieron en apátridas. No los expulsaron ni los mataron, pero les quitaron los derechos de ciudadanía. Y lo más grave es que ingresaron en la Unión Europea con un tercio de su población apátrida, sin derechos, y nadie en la Unión protestó. *Ya estás otra vez con ejemplos raros, nosotros nunca vamos a hacer algo así. Cómo se te ocurre.* Al principio te recordaba que el nuevo Estatuto de Ibarretxe definía dos tipos de ciudadanos vascos. Al establecer dos categorías se crea de forma automática la diferencia entre unos y otros. Y el artículo 9 decía que no existirían en Euskadi minorías nacionales por definición, porque todos tendrían la misma identidad. Ya sé que no hemos llegado a eso, pero en la actualidad los nacionalistas definen a los no nacionalistas como ciudadanos incompletos, no auténticamente vascos. Y eso, en la vida real, se manifiesta en múltiples formas de pequeñas marginaciones.

Pero, volviendo al Estado con identidad nacional propia, ahí no veo solución. Para mí lo que legitima el Estado es el pacto de ciudadanos diferentes con iguales derechos. Yo defiendo un Estado que no tenga que dedicarse a la construcción nacional, pero que garantice la libertad de identidad de todos. *Eso es imposible,* me responde, *porque la identidad es colectiva.* Pues no, la identidad, por su propia definición, es personal aunque incluya prácticas colectivas, como sucede con la religión. Yo defiendo un estado anacional que garantice que sus ciudadanos puedan defender y practicar la identidad que prefieran, nacional o anacional. Incluso no

tener identidad ninguna en el sentido que los comunitaristas dan a ese término. Esta me parece la única forma de poder defender tu derecho a decidir y el mío. *Ya estás con tus trampas filosóficas, con eso lo único que consigues es impedir que el pueblo vasco pueda decidir su futuro*, concluye.

CAPÍTULO 7

# EL AUTOGOBIERNO

Para el nacionalista, el autogobierno es una cosa y su contraria. Es como el mago que va cambiando continuamente de traje. Nunca es un objetivo político genuino, es más bien un campamento base para ir arrancando poder y competencias a la Administración central. El independentista lo explica con la metáfora del amanecer del día de la independencia: *Esto es como un funicular. Puede que no tengamos fuerzas para subirlo de un tirón hasta arriba. Puede que en un momento dado solo podamos subir un tramo pequeño, y entonces paremos, pero el funicular tiene un mecanismo con una cuña que ya no le dejará bajar nunca. Puede que tengamos que esperar un tiempo para subir un tramo más, pero bajar, no bajaremos nunca.*

Y es verdad, los nacionalistas utilizan con habilidad y sin pudor los momentos de debilidad del Gobierno central para arrancar nuevas concesiones. Todos los presidentes, sin excepción (Felipe González, José María Aznar, José Luis Rodríguez Zapatero y Mariano Rajoy) han caído en la tentación de ceder ante los nacionalismos de Cataluña y Euskadi. En España no hay una lealtad constitucional consolidada entre los actores políticos. Desde luego, entre los nacionalismos, no; pero tampoco entre los dos grandes partidos, que han sido incapaces de sacar de la negociación

partidaria las cuestiones territoriales. Pero sí, jugar con concesiones territoriales y competencias para garantizar la mayoría parlamentaria de un Gobierno es romper la lealtad constitucional desde dentro.

¿A ti no te parece un chantaje que utilicéis la debilidad de los Gobiernos para arrancar concesiones?, le pregunto al nacionalista. *Es que no nos queda otra solución. Cuando tienen mayorías absolutas ya hemos visto lo que hacen, no nos dan ni agua. ¿Qué ha hecho Rajoy en la legislatura anterior, que tenía mayoría absoluta? Encerrarse a cal y canto, ni siquiera quería hablar con el lehendakari,* me dice con enfado, y luego añade: *Y tú que siempre andas con la Constitución y el Estatuto en la boca, ¿cuántos años hace que se aprobó el Estatuto de Gernika? 39. 39 años esperando que el Estado cumpla una ley orgánica como es nuestro Estatuto. ¿Cuánto más tenemos que esperar para que nos den las competencias que nos corresponden? ¿Te parece eso normal?* Pues no, le digo. En eso, te doy la razón. El postergar permanentemente las transferencias reconocidas, esperando que, con el tiempo, la Administración central tuviera más poder para negociar a la baja, me parece el gran error de la Administración central. Esta dinámica negociadora bilateral en la que la Administración central pensaba que la negociación individual con cada territorio le daría una posición de fuerza ha sido desastrosa. Primero, ha legitimado la bilateralidad, que es el cáncer donde anida la deslealtad constitucional, y, además, ha dado argumentos victimistas al nacionalismo que lo ha fortalecido. Si hubiera sido por mí les habría encerrado en un edificio a todos, a modo de cónclave vaticano, sin dejarles salir hasta que hubieran terminado la negociación de todas las transferencias de una vez.

El autogobierno ha sido, para los nacionalistas sobre todo, la gran fábrica de la construcción nacional. El uso perverso del autogobierno ha puesto en manos de los nacionalistas enormes recursos y autoridad institucional para llevar a cabo su construcción nacional. Es también una visión instrumental del autogobierno, pero de una enorme eficacia. El nacionalismo ha utilizado todos los recursos institucionales para construir la identidad nacional vasca. Y el control permanente de las instituciones públicas le ha conferido una desmesurada autoridad social. Te parece bien que utilicéis al Gobierno vasco y Diputaciones para construir la identidad nacional, le digo. ¿Por qué no dejáis que cada ciudadano decida en libertad lo que más le conviene? *A ver* me dice, *¿cuánto tiempo ha pasado desde los Reyes Católicos? Quinientos años; quinientos años queriendo anular al pueblo vasco. El autogobierno es para eso, para recuperar el tiempo perdido.*

Yo le digo que no, que para mí el autogobierno tiene un fin totalmente diferente: Mira, en Euskadi hay colectivos importantes que se reconocen con identidades diferentes, formas diferentes de sentirse ciudadanos vascos. El valor del autogobierno debiera ser garantizar esa pluralidad de identidades, la capacidad de gestionar la convivencia entre diferentes. Para mí ese debe ser el valor del autogobierno, que le da un carácter distinto de la mera acumulación de competencias; las instituciones de autogobierno como jueces imparciales que garantizan la libertad de identidad de los ciudadanos. *Pero, ya estamos otra vez,* me dice. *Tú y tus filosofías. Según tú, entonces, el Gobierno español debiera dejar de ser español y defender todas las identidades.* Pues sí; tú crees que el Gobierno debe ser “español” y defender una identidad “española”

que no existe; pero yo creo que no debe ser “español” sino “de España” y dar amparo a todas las identidades. En Euskadi somos tan plurales como en el conjunto de España. Nuestra diferencia es precisamente esa; la de ser una sociedad mixta, de identidades diferentes. Si las instituciones vascas apuestan solo por una identidad, es como el árbitro comprado que solo ayuda a un equipo. *Los que se sienten españoles en Euskadi tienen a toda España y su Estado para ayudarles, los que defendemos la identidad del pueblo vasco solo tenemos el autogobierno*, contesta con enfado.

En la época del lehendakari Ibarretxe los nacionalistas estuvieron a punto de tocar con la punta de los dedos la montaña sagrada de la independencia. Pero comprobaron que al acercarse demasiado quema. Hoy prefieren que la montaña sagrada esté en el horizonte, brillante como guía eterna, pero sin acercarse demasiado.

En la actualidad, el PNV del lehendakari Urkullu está reelaborando su teoría de la independencia. Reconoce que ya no es posible un Estado nacional totalmente soberano, renuncia —aunque con muchos circunloquios— a la independencia como objetivo material. Tímidamente está reconociendo que la soberanía absoluta no reside en un solo ámbito, que el Estado soberano e independiente ya no es posible en el siglo XXI en Europa. Esto es una buena noticia, y puede ser la vía por la que, poco a poco, el nacionalismo acepte la democracia liberal en su integridad. ¡Ojalá! Pero falta mucho para eso, solo son pequeños titubeos.

Por ahora, este replanteamiento de la soberanía le está llevando a un concepto de poder territorial medieval: puedo gobernar en nombre del rey, pero en mi territorio mando yo, y además negocio con el rey de forma directa.

Y surge aquí como nueva antorcha la “bilateralidad”. *Pues claro,* dice con entusiasmo el nacionalista. *Nos tenemos que adaptar a los tiempos. Antes no había Unión Europea. Tenemos que adecuar la defensa del pueblo vasco a las circunstancias históricas de cada momento. Pero una cosa está clara: nosotros nunca vamos a ser como la Rioja o Castilla la Mancha.*

Con esta forma de entender la “bilateralidad” ya no plantean independencia, sino “nuevo estatus”, y quieren expresar, a la vez, cierto reconocimiento de soberanía *sui generis*, la diferencia respecto a otros territorios. Si bien la relativización de la soberanía puede abrir el camino hacia el reconocimiento pleno de la democracia liberal, este camino bilateral es un ataque a la línea de flotación del pacto constitucional; dinamita la legitimad de la democracia como pacto ciudadano de todos con todos.

Solo un Senado que sea realmente una cámara territorial, donde se debatan y aprueben las cuestiones que afectan a los territorios entre todos, puede poner fin a esta vía bilateral desastrosa. *Ya,* dice rápido el nacionalista. *Lo que tú quieres es meternos a todos en el mismo saco. Ponernos en las mismas condiciones que a Asturias o a Murcia. Así siempre vamos a perder. Siempre seremos dos contra 17; nosotros y los catalanes contra todos los demás.*

Pero el núcleo duro que mantiene sin fisuras el nacionalismo vasco está en la no asunción de la pluralidad de identidades. Este es su sanctasanctórum. Sí reconoce la pluralidad de identidades de la ciudadanía vasca, pero no lo asume, lo ve como una carencia, como algo a superar. Sigue defendiendo la identidad nacional del pueblo vasco. Solo una identidad que las instituciones deben defender y fomentar. Cuando yo planteo la “libertad de identidad” les

suena casi a blasfemia.

Y, finalmente, el nacionalismo vasco tiene otra carencia democrática, la negativa firme a reconocer que el autogobierno deviene de la Constitución española. Que lo que legitima el poder institucional del Gobierno vasco es la Constitución española. *Eso lo dirás tú,* espeta el nacionalista. *El pueblo vasco es muy anterior a la Constitución. Nuestro autogobierno nos pertenece a nosotros, nadie nos lo ha regalado.* Pues no, le respondo, lo que legitima tanto al Gobierno central como al Gobierno vasco es lo mismo: el pacto constitucional, y quisiera recordarte una frase de un gran nacionalista al que yo respeto mucho, Manuel de Irujo, quien le dijo al lehendakari Aguirre en el año 1942: “Y en todo caso, no debes olvidar que Negrín y tú resultasteis llevados a esa categoría aplicando la Constitución y el Estatuto contra los que te pronuncias, y que aquel mantiene. Y si tú puedes denominarte, como lo haces, Gobierno ‘legítimo’, es con la invocación, tácita al menos, de las leyes en cuya virtud fuiste elegido”. Pues eso.

CAPÍTULO 8

# EL TERRORISMO

Hablar del terrorismo con un nacionalista es muy complicado. Y llegados aquí abandono toda ironía, porque la herida terrorista sigue sangrando en Euskadi en muchas personas. El nacionalismo del PNV está intentado crear un relato de buenos y malos en Euskadi, donde los malos eran los de ETA y Batasuna; y los buenos, el resto. Pero la verdad es mucho más compleja e inmoral. Hubo un tiempo en el que casi no había buenos en Euskadi, en el que la conciencia había huido de nuestro país. ¡Cuántas veces me he acordado de una frase de Arendt que decía que durante el nazismo no había problemas de conciencia en Alemania porque la conciencia había huido despavorida!

Hace años que el PNV está intentando no afrontar nuestro oscuro pasado colectivo, que no mostró humanidad con los amenazados y asesinados. En Euskadi hubo jóvenes que mataban al que pensaba diferente, hubo gente que ordenaba alegremente que estos jóvenes asesinaran, hubo personas que aplaudieron a los asesinos, hubo quienes cerraron los ojos al dolor ajeno, y hubo personas que sacaron rédito de los asesinatos. Y hubo otras personas, muy pocas, que se enfrentaron con valor al terrorismo de ETA.

Hay un Dios purificador del terrorismo que ha cubierto con un velo la sociedad vasca como una fina niebla. Ese Dios a veces mira el

terrorismo con aprobación y otras lo perdona de forma paternalista. Ese Dios, construido con el lenguaje nacionalista, se llama “conflicto”, un término que ha justificado la defensa del terrorismo en Euskadi.

Este “conflicto”, para cualquier nacionalista, tiene dos hitos temporales claros. El primero es el 25 de octubre de 1839*. Pues sí, ahí empezó todo* asegura rápidamente el nacionalista, *con esa maldita ley que derogó nuestros fueros y nos suprimió nuestra libertad de siempre*. Pues yo no lo tengo tan claro; la mayoría progresista del Congreso no entendió esa ley como una derrota foral, sino como su confirmación. Mira lo que pone el artículo 1º: “Se confirman los fueros de las provincias vascongadas y de Navarra, sin perjuicio de la unidad constitucional de la Monarquía”. Me parece que los redactores de nuestra Constitución deberían haber leído unas cuantas veces este artículo y tener en cuenta el uso posterior que hizo el nacionalismo antes de proponer la disposición adicional primera. Pero ya sé que lo leyeron, porque el texto es casi idéntico que este artículo.

*Tú dirás lo que quieras, pero ahí se ve el verdadero rostro del Estado español, que arrasa con todo y quiere imponer su Estado centralista represor,* me contesta. *Tres guerras carlistas tuvimos que hacer para defender nuestros fueros, pero el Estado español impuso su centralismo.* Cuando dices “tuvimos”, ¿a quiénes te refieres? *Pues a quiénes va a ser, a nosotros, a los vascos*. Tienes una forma un poco extraña de definir a los vascos. Te recuerdo que San Sebastián y Bilbao fueron sitiadas en dos de las guerras por los carlistas, y que fueron los habitantes de las dos ciudades quienes las defendieron. En Bilbao se creó la Sociedad El Sitio en 1875,

como recuerdo del sitio del año anterior. Te sonará el nombre. La sociedad aún existe, y también sigue en pie el edificio que fue su sede, expropiado por el franquismo primero y, ahora, convertido en biblioteca municipal. ¿Sabes dónde está la calle General Concha en Bilbao, verdad? Pues es el general que liberó Bilbao el 2 de mayo de 1874, rompiendo el cerco carlista. Me sorprende que no hayan borrado su nombre, tal vez se deba solo al desconocimiento. Cualquier día, un concejal iluminado puede proponer borrar el nombre de “un general imperialista que destrozó nuestros fueros”; ya lo hicieron con la calle Espartero, el general que liberó Bilbao en una nevada noche de 1837 en la primera carlistada.

El siguiente hito que confirma el “conflicto” es la lucha antifranquista del pueblo vasco. El nacionalista piensa que, en la Guerra Civil, Euskadi fue la comunidad que más luchó contra Franco y que más represión soportó después. *Todo el mundo sabe que Franco tenía un odio especial a los vascos. Cuando perdimos la guerra, Franco arrasó todo a sangre y fuego*. Pues siento no darte la razón: Franco odiaba a los socialistas, comunistas, anarquistas y republicanos vascos, pero no a los vascos en general. Más bien, aunque suene extraño, fue un admirador suyo: los héroes de *Raza*, por ejemplo, tenían apellidos vascos. Euskadi fue uno de los territorios donde hubo menos represión, infinitamente menos que en las provincias castellanas. *Pero cómo puedes mentir de esa manera. Al final terminarás diciendo que éramos franquistas.* Los vascos, en general, no; pero muchos vascos, en particular, sí. Nunca faltaron concejales vascos en los ayuntamientos franquistas de Euskadi. Te doy un dato: en Navarra el franquismo fusiló a más de 3.000 personas; ¿sabes cuántos eran nacionalistas? No llegaron

al 1 por ciento. El nacionalista lo niega, y no me cree.

Pero este mito de Euskadi como pionera en la lucha antifranquista es el que proporciona al terrorismo de ETA su gran justificación. Para el nacionalista, ETA es una organización antifranquista. Bueno, no solo para el nacionalista; durante los setenta y los ochenta toda la izquierda europea le dio esa cobertura: ETA existe porque el Estado centralista y represor, primero, y el franquismo, después, nunca permitieron resolver el conflicto de forma pacífica. Este mito de ETA como héroe antifranquista dio una enorme fuerza y legitimación popular a sus actos terroristas.

ETA ha matado a más de 800 personas en toda su historia. ¿Sabes cuántos de esos asesinatos se cometieron después de la muerte de Franco? Prácticamente todos se produjeron en democracia, no en la lucha contra Franco.

Un nacionalista que no pertenezca al mundo de Batasuna nunca defiende abiertamente a ETA, pero busca un sinnúmero de formas de justificarlo, de quitarle hierro al asunto. ¿Los de ETA pertenecen al pueblo vasco, son de los nuestros? *Pues claro que pertenecen al pueblo vasco. Con eso no quiero decir que yo apoye su lucha armada, porque eso está mal.* Y se le escapa lo de “lucha armada”, que borra del asesinato político toda connotación moral. No hace tanto que el PNV utiliza la palabra “terrorismo”, durante décadas lo tenía prohibido. Y, seguido, le pregunto: ¿y los del PP vasco pertenecen al pueblo vasco? Y aquí se encierra en un silencio incómodo. Hasta hace muy poco no habría dudado en contestar que no.

¿Contra quién luchaba ETA en los ochenta, en su década más criminal, cuando cometía un asesinato semanal?, le pregunto.

*Contra el Estado español,* contesta. Como sabe que no puede decir contra el franquismo, lo reemplaza por Estado español, casi tan odioso como el régimen del dictador. ETA, durante los ochenta, luchaba fundamentalmente contra el Estado constitucional y el autogobierno democrático, le digo. ¿Recuerdas que ETA siempre rechazó el Estatuto de Gernika y que los parlamentarios vascos de Herri Batasuna nunca asistían a las sesiones del Parlamento vasco? Pero, aunque no iban, nunca perdieron el sentido práctico, y cobraban religiosamente sus sueldos a final de mes.

Hubo un tiempo en el que el terrorismo de ETA fue una fiesta en Euskadi, literalmente. El asesinato de Carrero Blanco fue celebrado miles de veces en todas las fiestas populares de Euskadi en alegre algarada. ¿Recuerdas cuando en las plazas de Euskadi se cantaba aquello de “Voló y voló” y todo el mundo lanzaba los jerséis al cielo queriendo añadir su impulso al coche de Carrero Blanco? ¿Te acuerdas de aquellas multitudinarias manifestaciones por las calles de Bilbao en las que se gritaba impunemente, “ETA mátalos”? ¿Te acuerdas de la *Kale borroka* y de sus destrozos diarios en las calles de Euskadi quemando autobuses y cajeros de bancos? Eso era la impunidad, la violencia ejercida a la vista de todos, sin ocultar el apoyo al terrorismo etarra.

Hay un concepto de Hanna Arendt que escandalizó a muchos cuando lo publicó: la banalidad del mal. Cuando el mal actúa de forma general y a la vista de todos se convierte necesariamente en algo cotidiano. Hoy, recordando la barbarie nazi, cuesta mucho entender que Arendt definiera a los asesinos como Adolf Eichmann como personas banales. Los vascos que vivimos durante los ochenta y no queremos tener los ojos cerrados sabemos

exactamente a lo que se refería Arendt.

Eran unos años aciagos en los que la conciencia había huido de Euskadi, en los que casi nadie criticó de forma pública el terrorismo de ETA, en especial la Iglesia vasca, que mantuvo una posición cobarde e inmoral.

Los funerales de los guardias civiles asesinados solían oficiarse en la iglesia de San José en Bilbao. Siempre era igual: unos pocos compañeros, algún representante menor del Estado, la esposa del fallecido y algunos familiares vestidos de negro, siempre de familias muy humildes. Después de una corta ceremonia, un coche funerario salía de Bilbao en solitario rumbo al pueblo de origen del guardia civil asesinado. La "sociedad vasca" jamás acudió a esos funerales. ¿Tú sabes si alguna vez un nacionalista fue a esos funerales?, le pregunto al nacionalista. Hoy sabe que ese abandono total a los asesinados, esa inhumanidad de la sociedad vasca, no puede tener ninguna justificación, pero recuerda que todo eso se vivió entonces con total normalidad, que a nadie le parecía inmoral. Te dirá, como mucho, que *eran otros tiempos, pero nosotros nunca hemos apoyado el terrorismo*. Con "nosotros" se refiere a los nacionalistas del entorno del PNV. No sé si habéis apoyado a ETA, pero el PNV y el Gobierno vasco se han opuesto durante décadas a la lucha del Estado democrático y de las fuerzas y cuerpos de seguridad contra el terrorismo de ETA. El PNV, durante décadas, se ha opuesto a que Francia entregara a miembros de ETA a la Justicia española. Joseba Arregi, con una honestidad poco habitual, cuenta que cada vez que Francia entregaba a un miembro de ETA el portavoz del Gobierno vasco salía criticando con enfado la entrega. "El portavoz del Gobierno vasco era yo", añade.

Cualquier intento de aplicar la ley por la Administración central siempre era criticado por el nacionalismo vasco. En su lugar, el nacionalismo pedía “la negociación política”. Había asumido la teoría del “empate infinito”; ETA no podía derrotar al Estado, pero el Estado tampoco podía derrotar a ETA. ¿Qué crees que se podría haber negociado con ETA?, le pregunto. *Pues no sé, no sé qué cosa concreta se podría negociar, pero sigo defendiendo que la negociación es mejor solución que la represión,* me dice. Para negociar es necesario que las dos partes quieran hacerlo, pero ETA nunca lo intentaba siquiera. Su negociación era simple: tenéis que hacer lo que yo diga. Fíjate la de veces que el Estado ha intentado la negociación para poder adelantar el fin del terrorismo. Pero no, ETA nunca ha cedido. ¿A cuántos metros de la pistola humeante te crees que podríamos haber negociado?

“El diálogo y la negociación” que planteaba el nacionalismo frente a ETA era su forma de negar y deslegitimar el imperio de la ley. Mientras escribo, de repente me doy cuenta de que los debates y argumentos de los nacionalistas de hace más de veinte años se están duplicando, como en un espejo, en el *Procés* de Cataluña: la negación de la legalidad, la solicitud de negociación sin ceder en nada, “la culpa no la tenemos nosotros, la tienen ellos porque no quieren negociar”.

*Ya,* me contesta, *¿pero qué me dices de los Grupos Antiterroristas de Liberación? Porque mucho reivindicar la ley, pero ya vimos lo que pasó, que el Estado se hizo terrorista.* Pues sí. Los GAL, además de un crimen de Estado, fue un enorme error. Estoy convencido de que las acciones terroristas de los GAL añadieron una década a la vida de ETA. Sin los GAL habríamos terminado mucho antes con el

terrorismo.

Durante décadas, el nacionalismo vasco ha criticado y deslegitimado la acción de la Justicia frente a ETA. El PNV nunca ha liderado la lucha contra ETA, siempre ha sido un lastre, una rémora, le hemos tenido que traer a rastras, y siempre muy tarde. Hay una anécdota que voy a contar porque me parece especialmente grave, ya que denota la hipocresía del PNV en la lucha contra ETA. Mario Onaindia contaba que una vez fue al País Vasco francés para intentar convencer a los militantes de ETA Político-Militar de que se disolvieran. Al llegar, le esperaba un grupo numeroso, y lo que le dijeron le dejó de piedra. ¿Sabes qué le contaron los *polimilis* a Mario Onaindia?, le pregunto al nacionalista: "Pero, Mario, ¿cómo andas diciendo que nos tenemos que disolver? Hace poco Xabier Arzalluz ha estado con nosotros y nos ha dicho que no, que no nos disolvamos, que sigamos". El nacionalismo ha otorgado a los militantes de ETA un halo heroico que ha hecho fortuna entre mucha gente que, aunque no esté de acuerdo con el terrorismo, le concede una especie de valor moral. *Lo que hacen, aunque esté mal, no lo hacen por interés personal, como los corruptos, arriesgan su vida, pueden ir a la cárcel,* te dirá el nacionalista. Cuando se cruza la raya que justifica el asesinato político, se rompe toda medida moral o humanitaria. Voy a recordar algunos hechos reales, de forma breve:

BENTA HAUNDI, 7 DE JUNIO DE 1968

Txabi Etxebarrieta dispara por la espalda al guardia civil José Pardines. Cuando está en el suelo, lo remata de manera fría. Cinco tiros en total. Pocas horas después, Etxebarrieta también morirá en un enfrentamiento con la Guardia Civil[6].

OYARZUN, 14 DE SEPTIEMBRE DE 1982

A las 11 de la mañana ETA asesina a tiros en una emboscada a los policías nacionales Jesús Ordóñez Pérez, Juan Seronero Sacristán y Alfonso López Fernández. El también policía nacional Antonio Cedillo Toscano resulta gravemente herido mientras intenta repeler la agresión. El conductor de una furgoneta lo encuentra arrastrándose por la carretera y lo sube al vehículo para trasladarlo al hospital más cercano. Varios de los terroristas interceptan el vehículo y, tras intimidar al conductor, no dudan en rematar de un tiro en la nuca al agente herido.

BEASAIN, 6 DE ENERO DE 1979

Antonio Ramírez y Hortensia González acaban de salir de una sala de fiestas y se dirigen en coche a casa. Antonio detiene su Renault 5 naranja en un Stop, donde al menos dos etarras los acribillan con una metralleta Sten y una pistola calibre 9 milímetros Parabellum. Antonio recibe ocho balazos; Hortensia, diez. Antonio cae de bruces sobre la bocina del volante, que empieza a sonar de forma continua durante más de 20 minutos, hasta que se agota la batería. Durante media hora, y a pesar de que sale bastante gente de la discoteca cercana, nadie se acerca. Finalmente, tres jóvenes les llevan a un hospital. En este caso la crueldad de la ciudadanía impidió que durante media hora ni una sola persona se acercara a ayudar[7].

AZKOITIA, 21 DE SEPTIEMBRE DE 1962

Una madre camina con sus dos hijos pequeños, a uno lo lleva de la mano y, al otro, en brazos. Se acerca un camión. De pronto, al mayor se le escapa el balón y sale corriendo hacia la carretera. La madre, desesperada, grita y sale corriendo tras su hijo. Un vecino que estaba allí por casualidad, arranca al pequeño de los brazos de la madre poco antes de que un camión atropelle a la mujer y a su

otro hijo. El vecino se llamaba Rafael Baglietto, y el niño al que salvó, Kandido Azpiazu[8].

AZKOITIA, 12 DE MAYO DE 1980

Rafael Baglietto conduce su coche. Un comando de ETA le ha preparado una emboscada. Le disparan a las ruedas e inmovilizan el coche, que se empotra contra un árbol. Uno de los terroristas del comando se acerca y le da el tiro de gracia. Era Kandido, el niño al que había salvado. No, no hay ningún romanticismo en el asesinato. Para poder asesinar hay que abandonar toda humanidad y compasión.

Cuando el PNV repite *ad nauseam* que a ETA le ha vencido la sociedad vasca, simplemente miente. Quiere con esa mentira cubrir en el olvido su propia responsabilidad. ¿Tú crees de verdad que a ETA le ha derrotado la sociedad vasca?, le pregunto al nacionalista. *Yo no sé quién la ha vencido, pero lo que tengo claro es que si la sociedad vasca no sale a la calle pidiendo que termine, todavía hoy, seguiríamos con terrorismo,* contesta. Y dice la palabra "terrorismo" como queriendo hacerme un halago. "La sociedad vasca" —y, cuando utilizan este sintagma, normalmente quieren decir los nacionalistas vascos del entorno del PNV—, solo se ha manifestado cuando ETA ya estaba derrotada, cuando ya no tenía capacidad de chantaje y amenaza.

Desde 2000, las manifestaciones más numerosas a las que ha acudido el PNV no fueron contra ETA o a favor de los asesinados, sino las manifestaciones a favor de los presos de ETA. *No es verdad lo que dices, las mayores manifestaciones fueron cuando asesinaron a Miguel Ángel Blanco, y los nacionalistas sí que estábamos allí.* Tienes razón, le digo. Cuando asesinaron a Miguel

Ángel Blanco fue la primera vez que la sociedad vasca en su conjunto se rebeló contra ETA, aunque le asesinaron en 1997. Y es verdad, también, que el lehendakari Ardanza, en las escalinatas de Ajuria Enea, dijo por primera vez, “De ETA nos separan los medios y los fines”. Pero, poco después, el PNV entró en pánico. Pensó que podía surgir una ola ciudadana que no solo hiciera frente a ETA, sino también al nacionalismo. Y tú sabes lo que pasó, ¿no?, le pregunto. El PNV no dio un paso al frente, no comenzó a liderar la rebelión ciudadana contra ETA. Lo que hizo fue pactar con la banda terrorista. Un pacto de vergüenza e ignominia. Porque en la firma del documento duro —no en la declaración que hicieron pública después, a la que se adhirieron varias entidades y asociaciones— solo estuvieron ETA, el PNV y Eusko Alkartasuna (no dejaron formar parte a Batasuna). En el documento aparecía lo siguiente: “EA y EAJ-PNV, se comprometen a romper todos los acuerdos que mantienen con los partidos que tienen como objetivo la construcción de España y la destrucción de Euskal Herria (PP y PSOE)”. En una nota a pie de página, aparecía lo siguiente: “A pesar de que el alto el fuego se presentará en público como indefinido, tendrá un plazo de cuatro meses al inicio, tendente a la comprobación de los compromisos adoptados por EA y EAJ-PNV, dependiendo de su prolongación o carácter indefinido a los citados compromisos”. Y más abajo añaden: “Página del PNV (azul oscura)”. Para así identificar los diferentes originales.

*Esta no es la declaración de Lizarra de 12 de septiembre de 1998*, me dice con enfado el nacionalista. No, es verdad, la declaración de Lizarra (Estella) que se hizo pública hablaba de pluralidad de la sociedad vasca, por eso muchos se acercaron en tromba a firmar.

Pero el acuerdo duro tuvo lugar un mes antes, en agosto. *Pero, si no estoy muy mal informado, el PNV puso una enmienda posterior a ese documento*. Tienes razón, añadió un pequeño anexo, me vas a permitir que te lo cite en su integridad, creo que hace falta ningún comentario:

En lo correspondiente al primer y al segundo punto:

Para que se puedan dar pasos efectivos en orden a crear una institución única y soberana en Euskal Herria, es imprescindible que los representantes de los firmantes pongan sobre la mesa y acuerden unas propuestas de estrategia, pasos, medidas y ritmos. El seguimiento y la evaluación de los acuerdos deberá hacerse de forma mancomunada, para evitar la posibilidad de ruptura por parte de cada una de las partes.

En lo correspondiente al tercer punto:

En adelante, si la participación de otras fuerzas resulta necesaria para poder conseguir la gobernabilidad y la estabilidad de las instituciones de cada ámbito, desde el punto de vista de la defensa de la Nación Vasca, intentaremos encontrar las fórmulas de gobierno más adecuadas.

Correspondiente al cuarto punto:

Un alto el fuego indefinido supone el respeto de los derechos humanos de todas las personas.

Por último:

Los firmantes se comprometen a no hacer público este acuerdo sin acuerdo de las tres partes.

Esta es la reacción que tuvo el PNV frente a la rebelión ciudadana contra ETA después del asesinato de Miguel Ángel Blanco. Pactar con ETA el inicio conjunto de la construcción de una institución soberana en Euskal Herria y expulsar de la política vasca al PP y al PSOE. Estos acuerdos del PNV con ETA dinamitaron los Gobiernos de coalición con los socialistas y dieron comienzo a la época del lehendakari Ibarretxe, que se adelantó al *Procés* quince años. Esto es lo que hicieron los nacionalistas, mientras concejales del PSE y del PP estaban siendo asesinados.

Hoy, en vez de intentar, de forma desesperada, ocultar tras el

olvido las responsabilidades de cada uno —ya que son muy pocos los que no tienen ninguna responsabilidad—, me parece mucho mejor que la sociedad vasca haga un esfuerzo para buscar la verdad, que mire nuestro pasado y diga con honestidad: “Pero, ¿cómo nos pudo pasar esto?”.

Cuando ETA y Batasuna pusieron en marcha “la socialización del sufrimiento”, comenzaron a asesinar a concejales y periodistas. ¿Tú crees que alguno de vosotros se habría apuntado a humilde concejal sin sueldo sabiendo que tenía muchas opciones de ser asesinado?, le pregunto al nacionalista. Pero no todo fue traición e inhumanidad. Hemos visto cosas increíbles, hemos visto el valor de la libertad. En Euskadi surgió un pequeño grupo, el de los justos, que, con enorme valor cívico, se enfrentó al terror. Fueron los concejales del PSE y del PP, y algunos periodistas y escritores, los que se negaron a renunciar a la libertad, personas muy humildes que, sin alharacas, asumían el riesgo de la muerte; barrenderos que trabajaban defendidos por dos escoltas. En un ayuntamiento asesinaron a un concejal del PP, le pidieron al siguiente de la lista que asumiera su puesto y, sin dudar, lo asumió con el riesgo de ser asesinado. Y sí, a él también le asesinaron. Pero ese ayuntamiento siguió funcionando con normalidad, y no solo ese, sino muchos otros. Ayuntamientos en los que el acalde se negaba a condenar el asesinato de uno de sus concejales. Y no pasaba nada.

Mientras escribo esto se celebra el décimo aniversario del asesinato de Isaías Carrasco. Me acuerdo de ese día perfectamente. Estábamos en la recta final de la campaña electoral. El Partido Socialista de Euskadi organizó una manifestación por la tarde. Comenzaba en el lugar donde le asesinaron y terminaba en el

ayuntamiento. Hicimos el recorrido en el silencio abrumador de un pueblo fantasma. La inmensa mayoría de la población de Mondragón se escondió bajo las persianas de sus casas, cerró los ojos y nos dio la espalda. Hacía mucho tiempo que la conciencia había huido de allí. Y sí, antes de llegar al ayuntamiento pasamos junto al muro de la vergüenza, un gran muro con grandes fotografías de los miembros de ETA presos. Y allí siguieron hasta que el Gobierno socialista de Euskadi de Patxi López las quitó.

Ese pequeño grupo de concejales y escritores que no obtuvieron en ese momento ningún apoyo de la “sociedad vasca”, que aguantaron en soledad y con miedo, envueltos y arropados en un valor civil que desconocíamos, ese pequeño grupo de los justos nos absuelve de la ignominia colectiva de nuestro pasado de inhumanidad.

# EPÍLOGO

Recientemente ha sido detenido Puigdemont, poniendo fin a su fuga a ninguna parte. La situación institucional de Cataluña sigue bloqueada. No podía terminar este librito sin hacer alguna referencia concreta al *Procés*. Los últimos meses de 2017 hemos visto el abismo, hemos experimentado el vértigo de asomar los pies al vacío. Hemos tenido que pensar que lo impensable era posible, que lo que nunca habíamos imaginado se presentaba de repente.

Los nacionalismos siempre han jugado como el ratón y el gato, en este enfrentamiento nunca abandonado con la Administración central. Siempre hemos pensado que lo que buscaban en realidad era volver a casa con unas cuantas monedas más en el bolsillo. Pero no era así, esta vez hemos visto la cara verdadera de los soberanistas catalanes. Hemos visto que querían hacerse con el poder absoluto en Cataluña. Hemos aprendido que mienten; hemos visto que les da igual el futuro de la sociedad catalana; les da igual que se marchen las empresas, les da igual que la democracia sea mutilada y la pluralidad, marginada; les da igual todo, solo quieren el poder para ellos. De esto trataba el *Procés*, y no de democracia. Solo su cobardía personal es equiparable a la enorme irresponsabilidad de azuzar a la gente a abandonar la legalidad constitucional y la democracia.

Estoy convencido de que lo que ha pasado no ha sido una

tormenta de verano, de que va a tener un efecto profundo y duradero, tanto en el conjunto de España como en Cataluña.

Más de uno se ha preguntado: ¿pero, cómo hemos llegado a esto? Y, sin embargo, el *Procés* es un monstruo que ha ido creciendo durante treinta años a la vista de todo el mundo. El nacionalismo ha ido colonizando, paso a paso, la enseñanza pública, el espacio público, la economía y las calles. Lo han hecho sin rubor y a la luz del día, y cuando se han sentido con fuerza suficiente han soltado el monstruo del *Procés*.

Para lograr un poder político tan enorme y el control de la sociedad de Cataluña han sido necesarios dos requisitos: la impunidad y la creación de una comunidad importante que ha adquirido privilegios.

## LA IMPUNIDAD

La impunidad es necesaria para desarrollarse a la luz del día. Una impunidad amparada y admitida por todos, no solo por los nacionalistas. Tengo un amigo que dice que en España hay una práctica tan larga de acciones políticas inconstitucionales que nadie ha querido denunciar que ahora ya no sabemos lo que es legal y lo que es anticonstitucional.

El nacionalismo catalán inició muy pronto, en los ochenta, una política lingüística claramente anticonstitucional para todo aquel que quisiera abrir los ojos. La paradoja fue que el Supremo le dio amparo. La creación de un grupo de medios de comunicación que solo ha sido utilizado como elemento de propaganda, la creación de una red de asociaciones y fundaciones sobrefinanciada y el abandono de la cultura clásica de Barcelona (Barcelona como

capital mundial de la creación en español, que tanto hemos envidiado desde Euskadi) son un reflejo de este nacionalismo. Y, sobre todo, la impunidad en la corrupción del 3 por ciento, conocida por todos. Cuando el Gobierno central absolvió a los responsables del caso de Banca Catalana, estos fondos funcionaron indistintamente para financiar estructuras nacionalistas y para el lucro personal obsceno.

Pero, frente a la impunidad legal, el nacionalismo ha tenido otra impunidad que lo ha legitimado, y es la que vamos a llamar impunidad intelectual. Nadie, —o muy pocos, la verdad— durante muchos años ha tenido el valor de enfrentarse desde las ideas a la borrachera nacionalista, a la provinciana creación de una nación catalana nacionalista. No se ha planteado, de verdad, una lucha desde la intelectualidad contra la burda construcción teórica del nacionalismo catalán. Especial relevancia ha tenido en esta rendición incondicional la izquierda política en Cataluña, incapaz de enfrentarse al nacionalismo es sus propios razonamientos. Sin esa entrega política de la izquierda jamás habrían logrado la legitimidad y apoyo social que han cosechado.

## LOS PRIVILEGIOS DE UNA NUEVA COMUNIDAD

El resultado más perverso de esta creación de redes clientelares, y de la militancia activa y arrogante de sus bases, ha sido la ruptura de la concurrencia en la sociedad catalana. Multitud de sociólogos *progres* está realizando estudios y análisis sobre el parón de la movilidad social en las últimas décadas, gracias al triunfo de las políticas neoliberales, y tienen razón. Yo les hago una propuesta, analicen la ruptura de la movilidad social desde los ejes

nacionalista/no nacionalista, seguramente se llevarán una enorme sorpresa.

Una generación que mayoritariamente no ha conocido la dictadura ha adquirido posiciones de poder y privilegio en la sociedad catalana; tanto en el entramado público, con sus aledaños, como en la estructura económica sometida al permanente chantaje del 3 por ciento, y sin ninguna posibilidad de libre concurrencia en el gran mercado de las adjudicaciones públicas. Esta generación que está ahora liderando el *Procés* es consciente de que, solo defendiendo sus posiciones de privilegio, solo blindando el acceso a sus propios compañeros de viaje, puede mantenerse el poder.

Yo estoy por apostar que el verdadero objetivo del *Procés* no es la independencia, sino el control totalitario de la sociedad y de los recursos de Cataluña en beneficio exclusivo de unas nuevas élites soberanistas. Para entender el *Procés* es necesario saber que este se desarrolla en un plano no real, o en una realidad paralela, que intenta ocultar la realidad real. Y, lo fundamental, la realidad paralela del *Procés* no se crea modificando la realidad, sino modificando el lenguaje. Un nuevo lenguaje crea, por sí mismo, una nueva realidad. En el libro de Orwell, *1984*, el Ministerio de Guerra se llama “MiniMor”, acrónimo de “Ministerio del Amor”. En estas realidades inventadas las palabras dicen exactamente lo contrario de lo que son. Y a esto debe unirse la necesidad de la mentira compulsiva. De la misma manera, Cataluña ha creado un universo inventado que se refuerza frente a otro universo igualmente falso: “España”, “el Estado”, “Madrid”, “Rajoy”.

Me asombra la literalidad de los argumentos de los nacionalistas y sus amigos; recuerdan mucho a los debates que sufrimos en

Euskadi en los noventa y principios del siglo XXI respecto a la ilegalización de Batasuna, o la lucha judicial contra ETA. Asombra lo idénticos que son, consulten la hemeroteca y se sorprenderán. Si algo hemos aprendido en Euskadi es que la impunidad solo se alimenta de la propia impunidad. En el momento en que se hace valer el imperio de la ley, todo se derrumba, aunque hayan profetizado con voz de trueno grandes catástrofes sociales. No hay nada tan didáctico, tan pedagógico en democracia como comprobar la aplicación de la ley, ver que el estado de derecho no es una ficción, sino que, de forma material, llega a todos los ámbitos. La impunidad da una falsa sensación de poder, porque es algo cotidiano y oculta, por estar desprotegidos, a todos los ciudadanos que no comulgan con ruedas de molino. Respecto a los impunes, e impune ha sido Batasuna en los ochenta y noventa y los dirigentes del *Procés*, se tiende a caer en la tentación de reconocerles un poder usurpado que no tienen, y buscar vías de apaño. Sabemos que esa es la forma de reconocerles mayor poder.

Hoy en Cataluña es urgente recuperar la normalidad democrática. Pero esta normalidad democrática no es devolverles el poder político y social a los nacionalistas, todo lo contrario, la normalidad democrática debe ser sustancialmente implantar en su totalidad la legalidad constitucional. Los nacionalismos deben asumir que si quieren poder institucional deben respetar y acatar la Constitución. Deben saber que en democracia nadie puede dirigir las instituciones públicas para sabotear el sistema constitucional. Y en la actualidad, digan lo que digan, a la vista de todos está, los *indepes*, siguen renegando de la democracia constitucional española.

Están reutilizando el argumentario mil veces trillado en Euskadi:

atacar la democracia constitucional en nombre de su “otra democracia verdadera”; pedir permanentemente diálogo, no para dialogar, sino para forzar la asunción de sus postulados anticonstitucionales y, por último, criticar la judicialización de la política. Son trucos burdos y elementales, pero que han demostrado, y están demostrando, una gran eficacia.

“No se pueden arreglar los problemas políticos por la vía judicial”, hemos oído mil veces en Euskadi, y oiremos otras mil en Cataluña. Y tienen razón, la Justicia no está para arreglar los problemas políticos, para eso están las instituciones representativas y los partidos políticos. La Justicia está para recuperar la legalidad truncada. Espero yo que al juez Llarena ni se le ocurra intentar arreglar los problemas políticos de Cataluña, pues no es su función. Su función es recuperar el imperio de la ley, para que la solución política sea posible; porque sin legalidad, la política, al menos la democrática, desaparece, para caer en el abismo del totalitarismo. Hoy, como digo, lo urgente es recuperar la legalidad constitucional, hacerlo con firmeza y sin miedos falsos. Y lo segundo, iniciar un debate público para recuperar la igualdad ciudadana y la unidad social en Cataluña.

Y, por ello, quiero terminar este epílogo con una propuesta quizás sorprendente para el lector: la democracia liberal que defiendo tiene dos términos complementarios: liberal y democrático. El Estado liberal garantista de las libertades personales impide una sociedad en permanente estado constituyente, e impone restricciones a la soberanía popular ya constituida. Dicho de otro modo, la soberanía popular es una metáfora mítica que legitima la fundación del Estado liberal. Pero, junto al Estado liberal, lo “democrático” reivindica la

participación ciudadana en las decisiones colectivas, no solo por los cauces establecidos en la Constitución, sino por la eventual ratificación ciudadana del modelo de Estado mismo. Especialmente después de una situación de deslegitimación de las instituciones es necesario renovar el pacto constitucional.

Contra el nacionalismo debemos luchar desde la defensa de la legalidad, y desde el debate público sin complejos. Pero, cuando en una sociedad se plantea un problema democrático de forma masiva y duradera, la democracia liberal debe encontrar un cauce democrático para la solución. Quiero decir con esto que en algún momento debemos enfrentarnos al nacionalismo, y plantear abiertamente a la sociedad de Cataluña si quiere la secesión o quiere permanecer dentro del pacto ciudadano de todos los españoles. Con esto estoy planteando un referéndum por la independencia, sí. Pero un referéndum regulado, que garantice la igualdad política de toda la ciudadanía. El Estado democrático debe ser capaz de conseguirlo.

Mi propuesta puede resumirse en los siguientes aspectos:

a) Garantizar la igualdad ciudadana en el debate y la votación.

Para ello es necesario que una de las partes no tenga ventaja. La administración pública debe ser exquisitamente neutral. Los medios de comunicación públicos deben estar sujetos a las directrices de la Junta electoral para garantizar que no sean, como son en la actualidad, herramientas de propaganda de una de las partes.

b)Limitación temporal de votar de nuevo.

Se tiene que limitar de forma clara la posibilidad temporal de plantear un nuevo referéndum. No se debe permitir una dinámica en la que, si los nacionalistas pierden, comiencen enseguida a plantear

un nuevo referéndum, manteniendo la división social. Un plazo de veinte años puede parecer razonable.

c) Mayoría suficiente.

Una decisión tan grave y sin vuelta atrás no se puede dilucidar por una mayoría más uno de los votantes. En la actualidad, algunas decisiones de especial transcendencia, como la modificación del Estatuto, requieren de mayorías especiales. ¿Cómo no se va a plantear una mayoría cualificada para la decisión de la secesión? Yo propongo que los votos a favor sean iguales a la mayoría del censo de votantes, no de los votos emitidos. Alguno dirá que los que no han querido votar han dimitido de su responsabilidad y que no se les debe tener en cuenta. Pero la decisión de la secesión es algo irreversible que afecta a todos.

d) Referéndum a doble vuelta.

Lo planteo por dos razones: la primera, porque la experiencia nos ha enseñado que, en los referéndums, muchas veces, no se vota lo que se pregunta, sino se vota, también, por otras razones, por ejemplo, para castigar al Gobierno. Pero hay otra razón más importante: cuando se vota secesión, en realidad no se sabe lo que se está votando, se vota un deseo. Por ello, si en la primera vuelta sale el “sí” a la secesión, esto debe obligar a las dos instituciones implicadas a negociar las condiciones materiales de la posible independencia. Sería necesario ratificar en una segunda votación, una vez conocidas las condiciones materiales, si la ciudadanía mantiene la decisión de independencia.

¿Y si, a pesar de todo, ratifican y los *indepes* ganan el segundo referéndum, entonces qué hacemos? Pues asumir el resultado. La democracia es lo que tiene, que los ciudadanos tienen derecho a

votar mal, a equivocarse. Ya sabemos que aceptar los errores de la ciudadanía es mejor que decidir que un ente ajeno a la voluntad popular decida lo que le conviene a la ciudadanía.

NOTAS

1. Véase “El instituto de Durango se deshará de Fray Juan de Zumarraga tras cumplir 50 años de su apertura”, *El Correo*, 21 de diciembre de 2017.
2. Véase “Arzalluz anuncia que no repetirá como presidente del PNV durante un acto en Bilbao”, *El País*, 9 de noviembre de 2003.
3. Véase “Ibarretxe: ‘Agirre fue un gran lehendakari que creyó en los fueros, la auténtica Constitución del pueblo vasco’”, *El Correo*, 14 de abril de 2010.
4. Véase “Arzalluz dice que en una Euskadi independiente los españoles serían como los alemanes en Mallorca”, *El País*, 16 de noviembre de 2000.
5. Véase “Arzalluz arremete contra los socialistas y dice que no son siquiera vascos”, *El País*, 28 de marzo de 1994.
6. Véase “Cuatro policías nacionales, asesinados en una emboscada terrorista cerca de Rentería”, *El País*, 15 de septiembre de 1982.
7. Véase “Dos nuevos asesinatos en un atentado perpetrado en Beasaín”, *El País*, 7 de enero de 1979.
8. Véase “Confesiones de un asesino”, *El País*, 14 de agosto de 2001.